
DESPUES DE
LA HORA FINAL
VAN S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

CAPITULO PRIMERO

La primera sensación que experimentó fue la de un intenso frío. Los dientes le castañeteaban, y tanto en las piernas como en los brazos sentía dolorosos calambres, agudos como pinchazos.

Naturalmente, nunca supo cuándo ni cómo empezó a razonar.

En algún momento determinado, el misterioso mecanismo del pensamiento se puso en actividad, y entonces cayó en agitada pesadilla.

Las primeras imágenes que entrevió eran borrosas y confusas, simples ráfagas de luz. Escuchó voces, voces conocidas hablando en una resonancia hueca, como sepultadas en fría y enmohecida tumba.

"Mil años. Dos mil años tal vez. Será fantástico."

"Absurdo, eso es. —Era otra voz igualmente conocida, aunque no amiga la que hablaba —. Nunca despertaremos. En realidad es como un suicidio."

Un largo silencio. Después, una esbelta figura emergía con paso ondulante de entre la bruma. Era una mujer, Arnett Wilburton. Su cuerpo escultural aparecía ceñido por una especie de malla enteriza, de miles de pequeñas escamas metálicas. Toda ella era una resplandeciente estatua de oro. Dorado el traje, dorada la aureola de sus rubios cabellos, doradas las hermosas pupilas que le sonreían...

Arnett le hizo una ligera seña con la mano. Y él, es decir, Sigurd Flagg, la siguió como un autómata a las profundidades misteriosas de aquella bruma envolvente...

Ahora, Sigurd se vio a sí mismo como proyectado en un film, espectador de su propia aventura. Se hallaba tendido cuan largo era en la superficie lisa de una plancha de vidrio, y vestía una malla ajustada idéntica a la de Arnett, sólo que la suya despedía metálicos reflejos de acero. A su alrededor había varios hombres. Y también Arete.

De pronto, los hombres retrocedían y Sigurd se encontraba a solas con Arnett. La muchacha se inclinaba graciosamente para mejor escuchar lo que él decía.

"Señorita Wilburton, por si este largo sueño que vamos a emprender nos condujera directamente a la muerte... quiero que sepa que la he amado en silencio y secreto todo este tiempo."

Un brillante foco estaba suspendido directamente encima de Sigurd, y su luz intensa se iba debilitando... debilitando... hasta apagarse por completo. Este era el sueño artificial, el letargo en que iba a estar sumido durante siglos... una especie de muerte de la que había de regresar al cabo del tiempo... si es que acaso volvía.

Un frío intenso le calaba hasta la médula de los huesos. Sigurd sentía castañetearle los dientes. Tenía miedo y estuvo a punto de gritar: ¡No, no quiero dormir!

—¡No quiero dormir! —este grito resonó en los propios oídos de Sigurd Flagg con extrañas resonancias.

Y abrió los ojos.

Allí estaba el foco, suspendido directamente sobre él, brillando opacamente a través del cristal empañado de la urna.

La sensación de frío que había experimentado era real. Se hallaba tendido dentro de la caja de cristal, ligeramente inclinada con relación al nivel del piso en dirección a los pies. Una suave corriente de aire fresco le daba en el rostro. Estaban insuflando oxígeno en su caja.

Sigurd, pensó: "El experimento ha fracasado." Luego se preguntó por qué no le sacaban ya de allí.

Naturalmente, conocía la forma de salir de su encierro por sus propios medios. Sus manos ateridas se movieron lenta y torpemente buscando la llave que por su sistema hidráulico abría la hermética caja de cristal.

Escuchó el suave ruido del mecanismo que funcionaba. Toda la cubierta transparente, incluidos los costados, se levantó chirriando sobre las bisagras. Sigurd echó sus entumecidas piernas al suelo y quedó sentado mirando en rededor.

Conocía bien el lugar, una espaciosa bóveda alargada, en realidad un tubo de acero inoxidable de gran diámetro profundamente enterrado en la roca. Cuanto veía le era familiar, pero algo echaba a faltar allí.

Era que estaba solo.

La temperatura en aquella especie de túnel era por lo menos tan gélida como dentro de la caja de cristal. Las tuberías que se extendían a lo largo de la bóveda aparecían recubiertas de una nívea costra. También la serie de siete urnas inclinadas respecto al suelo, alineadas a continuación de la suya. Esto sorprendió enormemente a Sigurd. Al menos por las apariencias, el experimento que él creía fracasado seguía en marcha., Sigurd no podía comprender esto, ya que la impresión que él sentía, era la de haber quedado dormido hacía muy poco rato.

—Tal vez llevara dormido más tiempo del que creí —se dijo en voz alta —. Varias horas, o quizás un día.

Una explicación perfectamente lógica, era que alguna parte de los complicados mecanismos hubiesen sufrido avería. El equipo congelante no un refrigerador cualquiera, sino algo infinitamente más intrincado y delicado —estaba concebido de tal forma que la acción aletargadora debía cesar inmediatamente así se produjera alguna avería que pudiese poner en peligro la vida de cualquiera de los participantes en el experimento del profesor Worsley.

Sigurd movió sus largas piernas hacia la más próxima urna.

Frotó la costra de hielo hasta descubrir el cristal y acercó su rostro.

Una muchacha dormía tendida en el interior del ataúd. Era Arnett Wilburton. Su cuerpo escultural, ceñido en aquella especie de malla de escamas de oro, conservaba la rigidez de la muerte. Su bello rostro tenía la blancura y la pétrea dureza del mármol...

Sigurd miró alrededor. En alguna parte zumbaba un motor eléctrico, pero a excepción de este ruido suave y persistente, el silencio era absoluto y pesaba como una losa. De nuevo, Sigurd se preguntó cuánto tiempo habría transcurrido desde que él ocupó su lugar en su ataúd. Sus ojos se volvieron hacia lo que el profesor Berlacher había llamado el "Reloj del Tiempo".

Dentro de una gran esfera dividida en 366 espacios se había instalado un contador parecido al cuenta—kilómetros del tablero de un coche. Cuando Sigurd Flagg vio aquel reloj por última vez, el contador había sido ajustado al año en que se encontraban; es decir, 1990.

¡El contador indicaba que se hallaba en el año 4550!

Sigurd pegó un respingo de sobresalto, negándose a creer lo que veían sus ojos. El reloj del tiempo tenía que haberse descompuesto por necesidad. ¡No era posible que él y sus compañeros hubiesen estado durmiendo dos mil quinientos sesenta años!

Un temblor nervioso se apoderó de Sigurd. De nuevo los dientes le castañetearon, las rodillas le flaquearon y tuvo que apoyarse en el frío muro de acero. Un profundo terror, mezcla de incredulidad y admiración, creció en él mientras se detenía a calibrar la enormidad de aquel suceso.

¡El, un hombre muerto para el mundo en el siglo veinte, resucitando a la vida en pleno siglo XLVI!

Sigurd Flagg pensó entonces que no era él el único superviviente de aquella Era remota. Si el arriesgado experimento del profesor Worsley había tenido éxito en él, entonces probablemente había un ser humano capaz de resucitar a la vida en cada una de las restantes urnas de cristal. Arnett Wilburton, Worsley, Berlacher y todos los demás...

Sigurd regresó lentamente junto a la urna que, semejante a un blanco túmulo de hielo, se levantaba en el centro del subterráneo. Inmóvil, yerta en su letargo de milenios, Arnett Wilburton yacía allí semejante a una estatua de hielo. ¿Debería despertarla? ¿Debía despertar al resto de los hombres que voluntariamente se ofrecieron a participar en este arriesgado experimento?

Puesto que ni el propio Worsley había creído que su sueño fuese a durar tanto, lo más probable sería que el profesor le agradeciese su resolución de arrancarle de aquella muerte temporal donde se, refugiaron con el propósito de sobrevivir al paso de las

edades.

El proceso por el cual el profesor Worsley había creado lo que él llamó su "Inmortalidad Congelada", era algo enormemente complicado para Sigurd, que no pasaba de ser un buen ingeniero. Sin embargo, era fácil para Sigurd devolver la vida a sus compañeros, simplemente con detener las máquinas congeladoras o cortar con unos alicates, determinados conductos eléctricos que actuarían igual que una avería.

La enorme, intrincada y costosa maquinaria instalada en aquel subterráneo, venía a ser un compendio o resumen de medio siglo de adelantos en el campo del automatismo.

Miles de millas de conductos eléctricos, millares de conexiones y de válvulas electrónicas, aseguraban el correcto funcionamiento de las máquinas, vigilaban su buena marcha y hasta reparaban las averías que pudieran producirse en el curso de varios siglos de continua actividad. La energía eléctrica movía las máquinas. La energía nuclear había sido escogida como fuente creadora de electricidad. Si uno de estos incansables generadores se estropeaba, o simplemente se agotaba, otro generador se ponía automáticamente en marcha y suplía la falta del otro averiado.

Cuando todos los reactores nucleares se agotasen o averiasen, un circuito de emergencia entraría en acción para detener las máquinas congeladoras y "resucitar" los "muertos" en aquel punto a partir del cual las máquinas no podían garantizar la permanencia de su estado de "inmortalidad".

He aquí por qué, sin tener un conocimiento real del complicado proceso de "descongelación" a que estaban sometidos los hombres de aquel subterráneo, cualquiera que entrase allí podía devolverles a la vida solamente con provocar una ligera interrupción en el funcionamiento de las máquinas. Esto, en parte, cubría a los "inmortales" de un riesgo que no había dejado de preocupar a Hollinger tanto como a los profesores Worsley y Berlacher, es decir, de la posibilidad que alguien en los siglos venideros profanase el subterráneo y pudiese precipitar a sus yertos moradores en una muerte real por ignorancia, imprudencia o maldad.

Ahora, Sigurd Plaga se dispuso a despertar a sus compañeros operando casi como hubiese hecho un intruso que entrara en el subterráneo por primera vez. No necesitaba más instrucciones de las que rezaban al pie de cada túmulo en una placa de porcelana junto a una palanca.

"Para reanimar, tirar de aquí."

Toda la enorme complejidad de aquel laboratorio era tanto más de admirar cuanto más sencillo parecía suspender su actividad. Solo Sigurd sabía como ingeniero, el trabajo que había costada

simplificar esta operación hasta pondría al alcance de la comprensión de un niño.

“Tirar de aquí.”

Eso fue lo que Sigurd Flagg hizo con la palanca del pie del blanco túmulo donde yacía Arnett Wilburton.

Arnett Wilburton pestañeó y abrió finalmente los ojos. Pero un poco antes que sus hermosos ojos azules se abrieron a la vida, como le había ocurrido a Flagg, los dientes de la joven empezaron a castañetear.

—Tengo frío —dijo ella con voz débil. En realidad se hallaba todavía en estado de semiinconsciencia.

Sigurd dijo:

—Espere. Voy a encender las lámparas de rayos infrarrojos.

Por alguna avería en la línea general de suministro, las grandes lámparas de rayos caloríferos no se habían encendido obedeciendo al sistema automático. Al fondo del subterráneo, en el tabique de acero, veíase una puerta igual en tamaño y características a las utilizadas por los sumergibles en sus compartimientos estancos.

A un lado, sobre una llave, una placa de porcelana rezaba. “Atención. Abra la espita del aire antes de entrar en la cámara.”

Sigurd abrió la espita escuchando dentro el apagado silbido del aire comprimido que renovaba la rarificada atmósfera. Era para admirarse que unos mecanismos que no se utilizaron desde 1990, continuasen en buen uso 2560 años después. Cada máquina, instrumento y herramienta de aquel sótano, merecía que sus constructores les hubiesen puesto este sello: “HECHO PARA DURAR MIL AÑOS.” En realidad, el equipo que Shantel y Flagg construyeron, estaba dando un rendimiento tres veces superior al previsto.

Sigurd aflojó el manubrio y empujó la pesada puerta de acero. Los focos eléctricos se encendieron automáticamente al ser abierta la puerta. El ingeniero entró en una cámara de dimensiones aproximadamente iguales a la contigua, prácticamente atiborrada de aparatos de medición, paneles que ocultaban millones de conexiones eléctricas, y grandes cuadros de mando e indicadores diversos.

Como un autómata, sin la menor vacilación, Flagg se dirigió a uno de los cuadros y movió el interruptor que encendió las lámparas infrarrojas en la cámara contigua. Todavía de pie junto al cuadro se detuvo.

—”Lo recuerdo todo como si hubiese ocurrido ayer. Soy positivamente el mismo hombre de hace dos mil quinientos sesenta años”...

Era el mismo hombre, en efecto. Con el mismo pelo rubio, la misma vivacidad en su grises pupilas, y ni una sola arruga en su rostro de facciones varonilmente correctas, casi hermosas; Y no sólo era el

mismo hombre en recuerdos y pensamientos, sino en sensaciones y sentimientos también.

Esto último había podido comprobarlo cuando vio a Arnett Wilburton yaciendo yerta en su hermético cofre de cristal. Su amor por aquella muchacha, a través del tiempo y la inconsciencia de su sueño letárgico, había vuelto a la vida con él y seguía torturándole como dos milenios atrás. Sigurd, que se había prestado voluntariamente a tomar parte en la gran aventura del profesor Worsley por su amor a Arnett, se preguntó si las condiciones de vida en el mundo actual harían posible que conquistara por suya a aquella mujer.

"Las condiciones de vida en este mundo actual" —repitió Sigurd para sí.

Miró en torno. En un extremo del subterráneo, sobre uno de los bancos de instrumentos, sus ojos encontraron la pantalla de un televisor. Puesto que el laboratorio del profesor Worsley estaba enclavado en el pétreo corazón de las montañas que rodeaban la ciudad de Salt Lake City, en Utah, el financiero de la empresa había querido poseer mi medio rápido de exploración para cuando despertasen de su letargo milenario.

Arriba, en la cima de la montaña, Hollinger había hecho instalar una cámara de televisión debidamente protegida por una casamata de cemento y acero. Esta cámara debía conmutarse y podía hacerse girar por control remoto desde el laboratorio.

Pero cuando Sigurd conectó el televisor, aunque esperó un rato, éste no funcionó. Algo se había estropeado, lo cual era lógico después de tan largo tiempo. Sigurd no pudo por lo tanto formarse una idea siquiera aproximada de las condiciones de vida actuales en el mundo que sin duda seguía existiendo afuera del laboratorio.

Regresó a la cámara. La señorita Wilburton, sentada en la plataforma inclinada que le sirvió de lecho, clavó sus intrigadas pupilas en Sigurd.

—¿Qué ha ocurrido, señor Flagg? ¿Fracasó el experimento? ¿Dónde están los demás?

Sigurd señaló con el dedo los seis restantes túmulos cuyo hielo se derretía formando charquitos de agua en el piso.

—¿Están ahí? —interrogó la joven asustada.

—También yo pensé que el experimento había fracasado cuando desperté —dijo Sigurd —. Pero no fue así, sino que el experimento tuvo un éxito mayor del que todos calculamos. ¿Recuerda cómo su novio, el señor Hollinger, aspiraba a dormir aletargado durante quinientos años y despertar a un mundo que esperábamos debía haber cambiado radicalmente? Pues bueno, no hemos dormido sólo los quinientos años que pretendíamos, sino dos mil años más.

Exactamente dos mil quinientos sesenta años.

La señorita Wilburton dejó escapar una ronca exclamación.

—¡No! ¡Dios mío, no puedo creerlo! —Yo tampoco —dijo Sigurd con sinceridad —. Sin embargo, eso es lo que dice nuestro Reloj del Tiempo.

—Pero eso… ¡Eso sería horrible, señor Flagg! — ¿Por qué horrible? —contestó Sigurd levantando sus anchos hombros de atleta —. No creo que lo sea mucho más que si hubiéramos estado muertos sólo cinco siglos.

—El reloj debió descomponerse —insistió la chica.

—Bueno, es posible que sea como usted dice. Un relámpago azul, producido por una fuerte descarga eléctrica, llenó el subterráneo de cegadora luz. La señorita Wilburton soltó un grito de terror.

—¡Oh! ¿Qué ha sido eso?

—Su protector, el señor Hollinger acaba de recibir la descarga que pondrá en actividad su corazón y hará que sus pulmones funcionen de nuevo. Detuve el sistema congelador un poco más tarde para él que para todos los demás.

— ¿Por qué más tarde?

Sigurd Flagg volvió a encogerse de hombros.

—En primer lugar —dijo —porque el señor Hollinger me es profundamente antipático. En segundo lugar, porque quería tener la oportunidad de hablar con usted antes que él despertara.

—¡Ah! —dijo la chica solamente.

Aquello no era muy alentador. No obstante Sigurd continuó:

—Espero que usted recordará lo que le dije momentos antes que el profesor Worsley me enviara a la muerte en forma de témpano de hielo.

—No recuerdo… —la señorita Wilburton mentía. Sus mejillas, bajo la lámpara calorífera y la intención oculta de las palabras de Sigurd, se colorearon ligeramente.

—No sabe cuánto lo siento —. Sigurd encontraba ahora dificultoso repetir lo que dijo con espontánea sinceridad momentos antes de ser dormido por el profesor Worsley. —Bueno… ¡ejem! Esto es lo que le dije: Que la amaba a usted.

—¡Ah!

—¿Lo recuerda ahora?

—Sí… Creo que sí.

—Naturalmente, si se lo dije fue porque no confiaba mucho en volver a despertar alguna vez. Y también porque creí que si el experimento tenía éxito y despertábamos quinientos años más tarde, las circunstancias habrían cambiado de tal forma que era posible que yo aspirase a ser algo más que un simple amigo de usted.

—No comprendo muy bien lo que quiere decir, señor Flagg. La verdad es que no tengo la cabeza muy despejada... todavía.

—Bien, pues, esto es lo que quise decir. Usted no ama al señor Hollinger, de eso estoy seguro.

—¿Por qué dice eso? —protestó la señorita Wilburton volviendo a enrojecer bajo la lámpara calorífera.

—Usted no le ama —insistió Sigurd —.Pero se siente ligada a él por el temor y el agradecimiento. Aunque no lo comprenda del todo, yo creo al menos poder disculpar a una chica que como usted se promete a un hombre mucho más viejo que ella... por su dinero, su posición y las seguras bases que una fortuna siempre proporcionan. Ahora bien, el señor Hollinger, que era multimillonario al comenzar esta aventura dos mil quinientos años atrás, puede que no sea en la actualidad tan rico como él mismo piense. Tal vez el oro y las piedras preciosas que él enterró carezcan de valor en el superadelantado mundo que vamos a encontrar allá afuera... y crea que no habría progresado mucho ese mundo si todavía los magnates desaprensivos de la baja índole moral del señor Hollinger tuviesen en sus manos la palanca que acciona el comercio, la industria y la banca internacional...

—No siga, señor Flagg —interrumpió la señorita Wilburton con aire ofendido —. Está usted insultando al señor Hollinger, lo cual no puedo permitir se haga en mi presencia siendo el señor Hollinger mi prometido.

—¿Entonces es su prometida todavía? ¿Piensa casarse con él?

La chica dejó caer sobre Sigurd una mirada escandalizada.

—¡Por Dios, señor Flagg! —protestó indignada —. Usted se equivoca conmigo. ¿Qué clase de chica cree que soy?

—Yo creía saber qué clase de chica era usted —dijo Sigurd con voz amarga —. Pero acaso tenga razón y me haya equivocado. Bien, siga usted con el señor Hollinger. Y ojalá sea muy feliz con él.

Sigurd le volvió bruscamente las espaldas, no ciertamente con desdén, sino para que ella no leyese en su expresión cuan profunda y amargamente le había decepcionado.

Al acercarse Sigurd a la urna del profesor Worsley, éste empezaba a mover los párpados dando así su primera señal de vida.

.

CAPITULO II.

.

De pie en la plataforma, al borde mismo del abismo, el grupo permanecía silencioso, envuelto en la densa oscuridad de la noche. Una fría comente ascensional de aire les llegaba de abajo, y por encima de sus cabezas se desplazaba con rapidez una esfera de suave color azul del tamaño aparente de una naranja.

En el cielo despejado titilaban brillantes las estrellas. Sin embargo, no se apreciaba el menor rastro de la Luna.

Ni el leve fulgor de las lejanas estrellas, ni la más cercana esfera con su irreal resplandor azulado, bastaban para desentrañar las sombras en la depresión formada por las montañas, allí donde deberían estar las luces de la ciudad de Salt Lake City.

—No lo comprendo —dijo la voz del profesor Worsley después de larga y embarazada pausa —. Las luces de Salt Lake City deberían estar ahí ante nosotros. Y ni siquiera vemos el resplandor de los faros de un automóvil.

—Tal vez ya ni siquiera exista la ciudad —apuntó el profesor Berlacher —. Muchas cosas pueden haber pasado en dos mil quinientos sesenta años, si es que nuestro "reloj del tiempo" no se descompuso y empezó a sumar días en la cuenta de los años. Salt Lake City pudo ser, trasladada de lugar, o simplemente fue destruida y sepultada por el desierto como en el pasado ocurrió con otras ciudades famosas.

Un silencio de mal agüero siguió a las palabras del profesor Berlacher. Luego, French Joy dijo señalando la brillante esfera azulada suspendida sobre sus cabezas:

—¿Y de eso, qué me dicen? ¿Qué creen que pueda ser?

—Probablemente se trata de un satélite artificial de gran tamaño, algo así como una estación intermedia o plataforma de salida y arribada para las naves interplanetarias —apuntó el ingeniero Shantel. Este guardó silencio mientras todos los ojos se levantaban hacia el cuerpo celeste. Luego añadió —: Sin duda es un satélite. Miren a qué velocidad viaja de Oriente a Occidente.

La esfera azul, en efecto, estaba moviéndose muy aprisa y a una velocidad constante en el espacio.

Hollinger dijo desabridamente:

—Bueno ¿por qué no tratan de reparar la antena de la radio en vez de perder el tiempo aquí haciendo conjeturas tontas?

Brent Shantel cruzó una mirada con Sigurd Flagg.

Después que todos los componentes del grupo volvieron a la vida en el subterráneo, mientras se hacían conjeturas y excitados comentarios, Shantel y Flagg habían tratado de servirse de la radio para responder a alguna de las inquietantes preguntas que ellos y sus compañeros se hacían.

Pero la radio, como antes la televisión, no había funcionado.

Shantel insistió en que la radio se encontraba en perfecto estado, aunque silenciosa por alguna razón incomprensible. Hollinger le había atacado con la misma saña implacable de siempre, burlándose de la capacidad técnica de los ingenieros del grupo, es decir, de Shantel y Sigurd, que fueron quienes instalaron la mayor parte del

equipo electrónico.

Sigurd, interpretando la mirada de Brent Shantel, puso en marcha el pequeño receptor de transistores que había traído consigo. Movió la aguja del dial adelante y atrás, buscando la señal de cualquier estación emisora mientras los demás esperaban en silencio.

Pero la radio persistió en su encerrado mutismo pese a todos los esfuerzos de Sigurd.

—Traiga acá esa radio —dijo Hollinger arrancando el aparato de las manos de Sigurd —. Ninguno de ustedes sirve para nada.

Sin embargo, por mucho que el millonario movió a un lado y otro la aguja del dial, el minúsculo receptor siguió callado.

—¡Este chisme está estropeado también! —rugió Hollinger. Y estrelló el receptor con ira contra el suelo —. Arreglen ustedes el receptor grande y acabemos de una vez —.

—Si usted me lo permite, Hollinger —dijo Shantel —le diré que ese receptor no estaba estropeado. Y creo que tampoco lo está el receptor grande de abajo.

—¡Tonterías! ¿Por qué no captamos ninguna estación, entonces?

—Tal vez porque nuestros receptores resulten anticuados respecto a los adelantos en la radio que puedan haberse hecho en estos dos mil quinientos y pico de años que hemos estado durmiendo.

Hollinger reflexionó en silencio. Aparentaba unos 45 ó 50 años y era hombre rechoncho, de estatura más bien baja, de tez extraordinariamente blanca, labios sensuales y ojos pequeños y duros.

—¿Qué dice usted, Berlacher?

Berlacher que era alto y rubio, delgado y distinguido como un lord, repuso sosegadamente:

—Creo que pronto obtendremos la respuesta adecuada a muchas de las preguntas que nos hemos estado haciendo, señor Hollinger —extendió su largo brazo hacia las montañas del lado de Oriente —. Está amaneciendo. Todas las cabezas se volvieron en la dirección que señalaba el profesor. En efecto, un suave resplandor empezaba a destacar los picos de las montañas, y esta luz crecía con rapidez prodigiosa desvaneciendo las densas sombras de lo profundo del valle.

—Berlacher, yo creo que se equivoca —dijo Worsley —. Esa luz no puede ser del sol.

—Es verdad —dijo Berlacher —. Algo extraño ocurre aquí. Un orto del sol tan rápido es impropio de estas latitudes.

Sin embargo, el aumento de la luz del día, era tan cierto como que ya podía verse desde la montaña el fondo de la depresión donde en 1847 Brigham Young y los pioneros mormones establecieron la ciudad de Salt Lake City.

Llenos de natural ansiedad miraron hacia el valle… ¡allí no había rastros de que hubiese existido jamás una ciudad! Un gran arenal surcado de profundas barrancas se extendía a lo lejos hasta una extensa mancha blanca donde en otros tiempos azuleaban las aguas del Gran Lago Salado. ¡Tampoco el lago existía!

—¡Miren, la ciudad ha desaparecido! —exclamó la señorita Wilburton excitadamente.

En este instante, sin que hubiera existido prácticamente una transición gradual entre la oscuridad de la noche y la luz del día, un rayo de sol los hirió en los ojos. El ceñido traje de la señorita Wilburton centelleó coma un ascua reflejando loa rayos del sol en cada una de sus bruñidas escamas de oro legítimo.

Mudos y sobrecogidos, todos se volvieron a mirar el borde superior de un sol verde, monstruoso, que acababa de aparecer detrás de las montañas y ascendía como disparado hacia el cielo.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Berlacher en un murmullo que era casi una oración —. ¿Qué es esto?

El borde de aquel disco llameante seguía ensanchándose… ensanchándose y doblándose más y más a medida que ascendía como impelido hacia arriba por una fuerza sobrenatural y poderosa… En sólo unos segundos, todo el incandescente globo de un diámetro seis veces mayor del tamaño aparente del sol, se hizo visible despegándose de las montañas para continuar su veloz ascenso hacia el cénit.

Hollinger dijo volviéndose bruscamente hacia el profesor Berlacher:

—Usted es un científico, Berlacher. Trate de darnos una explicación a esto.

—No puedo comprenderlo —repuso Berlacher pestañeando atónito —. Grandes y radicales cambios tienen que haberse operado en la Tierra o…

—¿O qué, Profesor? —inquirió Hollinger impaciente.

—Es una tontería. Iba a decir que la Tierra había sufrido grandes cambios, o nosotros no estábamos en la Tierra… Pero estamos en el mismo lugar donde nos sepultamos hace dos mil quinientos años, de eso no cabe duda. Por lo tanto no es en la Tierra, sino en el espacio cósmico que nos rodea donde esos profundos cambios se han operado. Ese sol… ¡oh, no puedo aventurar ninguna teoría, así a la ligera! Ese sol no es el nuestro, o algún fenómeno físico — cósmico ha trasmutado su naturaleza original.

Mudos de estupor, los hombres se miraron unos a otros con espanto. Y pese al tibio calor del sol que templaba el titanio de que estaban hechos exteriormente sus trajes, fue unánime un nervioso estremecimiento de frío.

—Vámonos de aquí —dijo el profesor Berlacher —. Volvamos a

nuestro subterráneo. Ese sol puede sernos dañino.

—¿Cree que hay algún mal en permanecer aquí bajo ese sol verde? ¿Es eso lo que quiere decir? —preguntó Shantel.

—Pudiera ser. No lo sé todavía. Pero trataré de formarme una idea de la composición de ese sol mediante un análisis espectroscópico, y tal vez pueda darles una respuesta concreta.

El grupo dirigió una última y aprensiva mirada al monstruoso disco del sol que se elevaba hacia el cielo. Al aumentar su altura cenital, el globo se hizo ligeramente más pequeño y se tornó de un verde más suave.

Sigurd Flagg fue el último en entrar en la cueva entornando tras sí la pesada puerta de acero.

En sombrío silencio, el grupo esperaba el resultado de las investigaciones del profesor Berlacher, el cual había vuelto al balcón-mirador del acantilado para tomar el análisis espectroscópico del sol. Al regresar Berlacher, acompañado del profesor Worsley, Hollinger se puso impetuosamente en pie abandonando la silla de acero.

— ¿Y bien?

—Es prematuro asegurarlo, pero yo diría que no corremos un excesivo riesgo exponiéndonos a los rayos de ese sol.

—¿Y usted es un científico? —espetó Hollinger con brutalidad que era muy frecuente en él —. Esperaba que al menos nos. ofreciese algo más convincente que una simple suposición.

—Señor mío —dijo el frío Berlacher perdiendo buena parte de su habitual ecuanimidad —. Mi fuerte es la física nuclear, no la astrofísica. Por lo demás, la composición de nuestro sol y los efectos que sus rayos puedan tener sobre nuestro organismo, son de índole secundaria.

— ¿De veras? —interrogó Hollinger mordaz —. Seguramente carece de la menor importancia que ese maldito sol nos acribille con rayos gama y nos mate en unos pocos días.

—Bueno o malo, ese sol es el único de que disponemos por ahora. Si fuera malo para nos otros, entonces lo habría sido también para toda la Humanidad de la Tierra, de forma que este mundo sería un globo desierto sin vida y sin plantas. Y si, por el contrario, sus rayos han permitido que la vida animal y vegetativa haya continuado desarrollándose en la Tierra... —No siga, sé a donde quiere ir a parar. Bueno o malo, tenemos que aceptar el sol tal como es.

—Exactamente, señor Hollinger —afirmó Berlacher con sequedad —. Y a menos que usted insista personalmente en prolongar su precaria existencia en un mundo desierto, sin vida y sin plantas, carece de verdadera importancia la suerte que ese sol pueda reservarnos. A mí, particularmente, no me seduciría mucho vivir en un mundo del cual ha sido extirpado el más pequeño brote de vida.

—Tampoco me seduciría a mí. Pero aun si fuera cierto que en este mundo no quedaba ni un ser vivo ni una brizna de hierba, yo me esforzaría en prolongar mi vida todo cuanto pudiese.

—¿De veras, señor Hollinger? Bien, me gustaría ver cómo lo hacía usted sin un pedazo de carné, ni una mala raíz para llevarse a la boca.

La blanca tez de Hollinger pareció hacerse ligeramente más pálida. Dijo:

—Tenemos alimentos. Almacenamos muchas provisiones en el sótano antes de comenzar esta aventura.

—Hace dos mil quinientos sesenta años. ¿Cuántos de los alimentos envasados cree usted que habrán podido conservar sus cualidades nutritivas al cabo de esa rimera de años, señor Hollinger?

—Sabemos de granos de trigo que fueron encontrados en las tumbas de los faraones y, sembrados de nuevo, germinaron y echaron espigas con toda normalidad. Nosotros tenemos trigo en nuestro almacén, conservado en condiciones mucho mejores que los granos olvidados en la tumba polvorienta de un faraón.

—Todo lo que podía hacer usted con esos granos sería masticarlos, señor Hollinger —indicó aquí Worsley oportunamente —. Si ese sol verde que alumbra ahora sobre la Tierra aniquiló la vida vegetativa toda de nuestro planeta, ninguna de las semillas que sembráramos nosotros podría germinar bajo un sol extraño a su naturaleza. El profesor Berlacher está en lo cierto al decir que nuestra vida no podrá prolongarse mucho en un mundo nuevo, desconocido y que nos sea francamente hostil.

—Bien, bien —dijo Hollinger impacientándose —. No es necesario llevar tan lejos una simple suposición. Después de todo, todavía ignoramos lo ocurrido en este condenado planeta, ni si está habitado o desierto, o si crecen en él plantas iguales o distintas, pero que nosotros podamos comer. Saldremos a explorar el terreno. Y según lo que encontremos podremos salir de dudas.

Todo el grupo guardó silencio. Hollinger volvióse hacia la señorita Wilburton, la cual tiritaba de frío nervioso bajo su rutilante traje ceñido de escamas de oro.

Hollinger alargó una mano cogiendo la yerta mano de la chica.

—Vamos, Arnett. ¿Asustada tú también? ¿De qué? No hay razón para ponernos en lo peor.

—Creo que cometimos un grave error, Harmon.

—¿Cómo?

—Nunca debimos emprender esta loca aventura —dijo la muchacha con un hilo de voz —. Sería horrible habernos evadido del destino que Dios dispuso para nuestra generación, y venir a caer en un mundo vacío, desierto... mil veces más horripilante que un mundo que

agoniza y expía sus culpas y sus errores al final de una horrenda guerra atómica. Aun si este mundo estuviera habitado por seres semejantes a nosotros, nuestra disparidad de carácter, de temperamento y costumbres, nuestra ignorancia y atraso respecto a ellos, nos convertirían en unos desdichados inadaptados. Seríamos...

—Lo que somos en realidad. Seres venidos de otro mundo que caen de improviso en un mundo nuevo y desconocido que no es el suyo. ¿Crees que valía la pena correr el riesgo que corrimos... renunciar a todo lo grato que nuestro viejo mundo nos deparaba... para venir a parar a todo esto, Harmon?

Más que soltar, Hollinger arrojó lejos de si la mano de Arnett con una mueca de desdén y desprecio.

—¡Bah! Siempre supe que estabas en un nivel intelectual muy por debajo del mío. A ti, seguramente, te hubiese agradado más aprovechar la oportunidad de primera mano y satisfacer tu pequeña vanidad siendo la esposa de Harmon Hollinger, conocido en todo el mundo por "El Rey de los Armamentos". Escoger vestidos de Tupper, comprar joyas en la Quinta Avenida y rozarte con lo mejor de la sociedad, eso hubiera sido una felicidad suficiente para tu mentalidad de ostra. En cambio, no puedes comprender, ni comprenderás jamás, la grandiosidad de la hazaña que acabamos de realizar. ¡Morir para revivir dos mil quinientos años más tarde! ¿Quién pudo hacer eso jamás? Sólo por satisfacer su innata curiosidad y poder echar una breve ojeada a este mundo de hoy, millones de seres habrían renunciado a vivir más tiempo del necesario para captar en toda su grandeza esta aterradora realidad. ¡Y a ti te pesa porque has perdido la oportunidad de vivir en tu tiempo la vida que tú deseabas! ¿Has pensado siquiera que de haberlo hecho como querías ya no existirías? ¿Que habrías muerto hace dos mil quinientos años y no quedaría de ti ni el polvo de tus huesos? En cambio mira, estás aquí, joven todavía, viva... escapada de un mundo extinto que murió hace dos milenios, realizando el prodigio de vivir cuando no debería quedar de nosotros ni el polvo ni un recuerdo. ¿Quién pudo hacer nunca lo que nosotros hemos hecho, desdichada?

Pálida, aunque conservando s u entereza, Arnett Wilburton contestó con valentía:

—Morir en el año dos mil, morir en el cuatro mil seiscientos... ¿qué más da? No hemos ganado con este prodigio ni un solo día de vida. Lo único que hemos hecho ha sido aplazar a larga fecha nuestra vejez y nuestra muerte. Ningún goce hemos disfrutado en estos siglos que estuvimos muertos, y todo se reduce a cambiar el escenario. Y nuestro escenario era aquel antiguo en el cual debimos realizar el proceso de nacer, existir y morir. Puedes quedarte con el nuevo escenario, si es que te gusta. A mí me gustaba más el viejo, y sólo

siento no poder regresar a él.

—Exactamente —repuso Hollinger con aspereza —. No puedes volver a él. Ninguno de nosotros puede hacer volver el tiempo atrás. Estamos aquí, aquí vinimos por nuestro gusto, y hemos de hacer cuanto esté de nuestra mano para sobrevivir en este mundo que la sorpresa nos ha deparado. No se discuta más. Vamos a alistar nuestro trineo aéreo y salir en viaje de exploración.

Aunque detestaba a este hombre, Sigurd Flagg hubo de reconocer en Hollinger al menos una cualidad. Había nacido para mandar. Poseía innatas dotes de marido y sabía cómo ejercerlas.

Cuando Harmon Hollinger pronunció su última palabra, nadie tuvo más que objetar.

.

CAPITULO III.

.

Una violenta explosión de nitroglicerina echó abajo con estruendo el grueso muro de ladrillo que clausuraba la boca de la gruta. La luz del día entró a raudales en el hangar del aparato, y a través del humo producido por la explosión fue posible ver la pared roqueña del otro lado del cañón.

Instantes después, una extraña máquina zumbadora salía por la boca de la gruta, quedaba un instante suspendida en el vacío como una gigantesca tarta, y al llegar a la depresión formada por el cauce del riachuelo caía varios pies verticalmente sin llegar a tocar el fondo de la barranca. La máquina giró lentamente, pareciendo vacilar un instante mientras se orientaba. Luego empezó a moverse, sin prisas, torrentera abajo siguiendo las vueltas y revueltas del "cañón". Dentro dé la espaciosa cabina circular del estrambótico aparato, Harmon Hollinger dijo volviéndose hacia Sigurd Flagg que manejaba los mandos a su lado:

—¿Funciona bien, eh?

—Desde luego —contestó Sigurd atento a las revueltas del "cañón".

Aquella extraña máquina voladora era el trineo aéreo.

El primer modelo de este aparato presentado con éxito en 1959 se llamó también "platillo volante" y "alfombra mágica", pero el nombre definitivo que se le dio fue el de "trineo aéreo".

Ideada para moverse sobre cojines de aire, la máquina fue constantemente perfeccionada por espacio de algunas décadas, alcanzando su mayoría de edad y su máxima eficiencia al serle incorporado un reactor atómico que suplió con ventaja y economía al antiguo y ruidoso motor de turbina de gas.

El trineo aéreo no llegó nunca a desplazar al automóvil, ni sustituyó al helicóptero, ni arrinconó por anticuados a los barcos

clásicos. Como los autos, los aviones y los barcos, el trineo aéreo vino a cumplir una misión específica propia y exclusiva de sus características.

No podía volar sobre una mar gruesa con olas de más de seis metros de altura, ni escalar montañas demasiado escarpadas, y era muy difícil de manejar con fuerte viento de través o en contra. En las carreteras y en la ciudad levantaba demasiado polvo. En cambio era insustituible para viajar a campo través cruzando praderas y ríos, marchando lo mismo sobre la nieve, que sobre la arena o a través de brazos de mar en donde las aguas no estuviesen demasiado agitadas.

Debido a su reactor atómico, de cuyas radiaciones estaban protegidos los pasajeros por gruesas placas de plomo, el trineo aéreo era una máquina grande en forma de tarta ovalada, de doce metros de longitud por nueve en su parte más ancha. El reactor atómico movía la potente turbina, la cual accionaba a su vez un enorme ventilador que arrojaba chorros de aire a través de unas aberturas especiales practicadas en el fondo plano del vehículo. Parte de este viento era empleado para hacer avanzar el aparato, así como para dirigirlo hacia un lado u otro.

La cabina, muy espaciosa, estaba situada alrededor de la enorme chimenea central donde giraba el ventilador, teniendo acristalados los costados y un techo duro por encima. Detrás quedaba un espacio amplio para el equipaje.

—Vamos a tomar por donde estaba la antigua carretera de Timpanogos Cave —dijo Hollinger, el cual había desplegado sobre sus rodillas un apergaminado y antiguo mapa de la región.

Sigurd oprimió uno de los pedales y la extraña nave se deslizó suavemente de costado hacia un cañón secundario entre las montañas. Allí tuvo Sigurd que dar toda la potencia al motor para trepar por una pendiente. Los pasajeros pegaron sus rostros a los cristales para escudriñar llenos de ansiedad el paisaje.

Solo Hollinger, miss Wilburton y el profesor Berlacher iban en el trineo, además de Sigurd que actuaba como piloto.

La perspectiva que se abrió a los ojos de los exploradores no podía ser más desolada. Escarpadas montañas descarnadas por la erosión, caóticos amontonamientos de rocas y polvo por todas partes, esto era todo cuanto alcanzaban a ver. Sin embargo, en otros tiempos, corría por allí una carretera asfaltada de la que no quedaban rastros.

Si alguna duda habían tenido horas atrás en cuanto a la exactitud del Reloj del Tiempo del laboratorio, la simple observación de aquellos lugares habría bastado para convencerles del largo tiempo transcurrido desde que pasaron por aquí la última vez, hasta que despertaron de nuevo a la vida en época distinta. De todos, la más impresionada parecía ser Arnett Wilburton. Sigurd podía escuchar su

agitada respiración detrás de él.

—Es horrible... —murmuró la muchacha —. ¡Dios mío, cómo ha cambiado todo!

—¿Dirás todavía que no valía la pena ausentarnos de nuestro viejo mundo para poder comprobar en cuan poco iba a quedar todo lo que movía al género humano a la ponderación y el orgullo? —exclamó Hollinger con acento triunfal.

La chica no contestó y Sigurd tuvo en este momento la persuasión que Hollinger era un desequilibrado mental. Ya lo había sospechado antes. ¿A qué persona normal se le ocurriría provocar su propia muerte, a fin de resucitar siglos más tarde en un mundo inhóspito, donde un hombre del siglo XX sería poco menos que un ser trasladado a otro planeta? Claro que el propio Sigurd había seguido a Hollinger por este mismo camino, pero Sigurd tenía una razón para hacerlo. La razón se llamaba Arnett Wilburton.

Como había declarado, Sigurd tenía la esperanza que en un mundo futuro más perfecto hallaría la oportunidad de hacer realidad el sueño imposible de conquistar a la mujer que amaba.

Arnett Wilburton no había ido a aquella aventura por su propia voluntad. Sometida a Hollinger, la muchacha se había dejado arrastrar como una débil hoja se deja llevar de la fuerza titánica del huracán. Este era Hollinger, un carácter desaprensivo y dominante, sagaz pescador de aguas turbias enriquecido en el fantástico negocio de proporcionar armas a todas las fracciones descontentas, que en el mundo eran muchas por desgracia.

La idea que impulsó a Hollinger a financiar el costoso proyecto del profesor Worsley no estaba muy clara para Sigurd Flagg.

Posiblemente toda la aspiración de Hollinger se redujera a escapar a la destrucción que amenazaba a un mundo empeñado en suicida guerra. Mucha gente so construía refugios contra las bombas atómicas, dotando a sus pequeñas madrigueras de larga provisión de oxígeno y abundante provisión de víveres. El afán de sobrevivir a la inevitable guerra atómica se había convertido en psicosis mundial. Hollinger escogió un sistema mejor que todos, aunque infinitamente más caro también.

Previendo las consecuencias fatales de una conflagración universal, que él mismo había contribuido a excitar proporcionando armas a los bandos antagonistas sin distinción, Hollinger se encerró en el pétreo corazón de una montaña, en una región idealmente seca para garantizar la buena conservación de sus máquinas, y se metió en una caja hermética de cristal para dormir quinientos o mil años, hasta que hubiese pasado no sólo la guerra, sino también los mortales efectos de la radiactividad que por mucho tiempo quedarían suspendidos en la atmósfera y esparcidos por toda la redondez del planeta.

Brent Shantel, solterón empedernido y egoísta, se había garantizado también contra el riesgo inminente de una guerra aprovechando la oportunidad de participar en el experimento que estaba ayudando a poner en marcha.

A Worsley y Berlacher, por el contrario, las consecuencias inmediatas de una guerra futura sólo preocupaban en su aspecto científico. Worsley como fisiólogo, Berlacher como físico nuclear, estaban allí sólo para estudiar los progresos de las generaciones futuras en los campos de la ciencia que les eran afines. No estaban locos, aunque tampoco eran personas corrientes.. En cuanto a French y Skinner, los dos guardaespaldas de Hollinger, las razones que podían aducir eran tan sencillas como primitivas. Estaban allí porque Hollinger se lo había mandado. Hollinger era el amo, era quien los mandaba y les nutría. Seguramente, si algo echaban en falta del viejo mundo, serían sus partidas de dados y sus buenos jarros de cerveza de sus escasos días de asueto. Como dos perros mastines de probada fidelidad se habían dejado morir congelados en la mayor indiferencia. Si una cosa era buena para su amo, esa cosa era buena para ellos también.

No estaban locos. Eran un par de imbéciles.

A excepción de Arnett Wilburton, por la cual sentía decepcionado amor, ningún afecto especial unía a Sigurd al resto de las personas que formaban el grupo de supervivientes de su siglo.

En igual caso qué él estaban Shantel, Berlacher, Worsley y Hollinger entre sí. El afecto que Hollinger sentía por Arnett no alcanzaría en ningún caso más allá de su propio egoísmo, y respecto de sus dos guardaespaldas, Hollinger no tenía para ellos consideraciones mayores de las que tendría para unos perros.

Quizá la única lealtad irreductible fuese la de Skinner y Joy French hacia su amo.

Sigurd Flagg se preguntó cuál sería la suerte de aquel grupo en el caso no imposible de encontrarse completamente a solas en la inmensidad yerma de un planeta deshabitado, donde hasta la última brizna de hierba hubiese sido aniquilada por algún agente todavía desconocido. ¿Se comerían los unos a los otros, volviendo a repetirse las viejas escenas de canibalismo que antaño se representaron en este mismo solar de la raza humana?

Un grito de Hollinger arrancó bruscamente a Sigurd de sus sombríos pensamientos.

—¡Miren allá, plantas! ¡Ja, ja! ¿No decían que este mundo estaría seguramente desierto, sin seres vivos y sin vegetación?

El tirón de Sigurd a la palanca de gobierno detuvo casi bruscamente la máquina en el aire, pero en realidad no había motivo para tal sobresalto. Todo lo que se alcanzaba a ver eran unos míseros

hierbajos medio sepultados en el polvo. Poco, desde luego, aunque sí suficiente para probar que la vida, al menos la vida vegetativa, no había sido totalmente exterminada del planeta.

—Siga adelante, Flagg —ordenó Hollinger —. Estoy seguro que en alguna parte encontraremos abundante vegetación y seres vivos, aunque no en esta región llena de polvo.

El "cañón" del cual salían se abría sobre la amplia perspectiva del valle donde en otros tiempos se levantaba la ciudad de Salt Lake City. Sigurd empujó la palanca de gobierno hacia adelante y la máquina se lanzó sobre el desierto levantando en torno enorme polvareda.

Sigurd conocía bien los lugares por donde conducía su máquina, aunque realmente le costaba hacer un gran esfuerzo para reconocerlos. Allí enfrente, por ejemplo, se levantaba antaño el barrio satélite de Draper. A la derecha estaba Poultry, y Sandy a la izquierda. Lejos, al fondo, se abría la perspectiva de la ciudad con sus verdes arboledas y los altos edificios de oficinas en el centro...

Salt Lake City había sido para Sigurd Flagg una ciudad amable y simpática mientras estuvo allí trabajando en el montaje del laboratorio del profesor Worsley, pero nada quedaba de cuanto él podía recordar. La ciudad había desaparecido; borrada del mapa como si jamás hubiese existido. Y la sensación de horrenda soledad que allí se sentía era tanto más aguda cuanto que, al menos en el recuerdo de Sigurd, Salt Lake City existía todavía allí sólo unos horas atrás.

Lo que Sigurd sentía en este momento fue fielmente traducido por la señorita Wilburton al exclamar:

—¡Es horrible, Harmon! Volvámonos al, laboratorio. ¿No cree usted también que es inútil este paseo, profesor? Berlacher contestó:

—Al menos, en parte estoy de acuerdo con usted, miss Wilburton. Sin embargo, existe una realidad más terrorífica que esta horrenda desolación, y es que necesitamos movernos para ir a alguna parte. Nuestras provisiones, lo que queda aprovechable de ellas, no nos alcanzará un par de meses. Antes de dejar exhausta por completo nuestra despensa debemos viajar en busca de alimentos más nutritivos que estas incomestibles hierbas.

Una profunda trinchera, excavada en el suelo por la erosión de las aguas torrenciales, venía rápidamente hacia los tripulantes del aparato.

—Fíjense —señaló Hollinger —. Ese profundo barranco fue en otros tiempos el insignificante Mill Creek. Mucho tiene que haber llovido, incluso en una región tan árida como ésta, para que las aguas hayan ahondado tanto el arroyo. ¿Podemos pasar por ahí, Flagg?

Sigurd, por toda contestación, avanzó más la palanca reguladora. El trineo se lanzó rugiendo por el arenal y salvó el

barranco sin apenas acusar un ligero bamboleo.

—Indudablemente, fue gran idea la mía de escoger este aparato para nuestras futuras exploraciones y viajes por América —dijo Hollinger, él cual no se escatimaba a sí mismo las alabanzas cuando otros no se las prodigaban espontáneamente.

El resto de la tripulación guardó silencio.

Salvado el arroyo Mill, donde en otros tiempos comenzaba la ciudad propiamente dicha, los viajeros empezaron a ver aquí y allá montones de arena en forma de dunas. En el lado de estas dunas protegido por el viento dominante, a veces era frecuente ver el ángulo de algún sillar de granito indicando la antigua ubicación de algún edificio de importancia. Hollinger ordenó a Sigurd reducir la velocidad.

—Estarnos en lo que fue el centro de la ciudad. Vamos hacia aquel montón de tierra y pose el aparato allí, Flagg.

Sigurd llevó el trineo hasta el lugar que Hollinger le indicaba y lo posó suavemente en tierra. A fin de no levantar polvo desembragó el ventilador, pero el reactor atómico era costoso de poner en marcha y lo dejó funcionando.

Hollinger levantó la cubierta transparente de la cabina y saltó a tierra. Un ancho cinturón entretejido de fibra de cristal, le rodeaba la gruesa cintura, y en una funda colgando de este cinturón llevaba una pistola de grueso calibre. También llevaba un contador “Geiger”. Por qué Hollinger había insistido en salir armado era cosa que Sigurd no comprendía. A sus pies, en la cabina, había dejado la metralleta que Hollinger le entregó.

También Berlacher iba armado. El alto, rubio y encanecido científico vestía como Hollinger y Sigurd una ceñida malla de escamas de titanio. Sin embargo, toda la prestancia que el elegante Berlacher daba a su extraño y duradero traje, hacía resaltar por contraste la ridiculez del millonario con su ancha cintura, su abultado abdomen y sus cortas y flacas piernas.

—Baja tú también, Arnett —dijo Hollinger. Y ordenó con autoritaria sequedad —: Coja la pala que hay detrás de usted y venga con nosotros, Flagg. Sigurd se quedó un momento en la cabina pensando que alguna vez había de cortarle los pasos a Hollinger y hacerle comprender que no era su lacayo. Luego, refunfuñando, tomó la pala y se apeó del aparato.

Hollinger habíase encaramado en lo alto del montículo y llamó a Sigurd con imperioso e impaciente ademán.

—Cave aquí, Flagg.

La arena, según Sigurd pudo ver, apenas cubría un informe montón de sillares. Sigurd dijo escupiéndose en las manos antes de agarrar la pala:

—¿Qué espera encontrar aquí, Hollinger? ¿Un tesoro tal vez?

—Si sale un tesoro por casualidad, la mitad de lo que encontremos será para usted.

—Ya puede mostrarse generoso —dijo Sigurd con sorna —. Después de todo, no creo que haya en este maldito planeta muchas oportunidades de gastar el dinero.

Hollinger dijo mientras Sigurd empezaba a escarbar la arena:

—Ustedes parten de la ilusoria creencia que en un mundo dos mil años más viejo, las condiciones de vida habrán cambiado radicalmente. Yo les aseguro, por el contrario, que el mundo será siempre mundo mientras exista, y que hoy como ayer el oro tendrá aquí su valor, y habrá pobres y habrá ricos como siempre los ha habido. No creo en un mundo donde se han extinguido las posibilidades ni queda espacio para el lucro, porque es inconcebible una sociedad sin el estímulo que proporciona ocasiones de mejorar de posición con la fuerza del trabajo y la habilidad de la inteligencia. Encuentre usted un tesoro, y ya verá si encuentra buenas oportunidades de disfrutarlo.

La pala de Sigurd golpeó en este momento contra un objeto duro de resonancias metálicas. Sigurd dijo descubriendo la cosa en la que había tropezado la pala:

—Según como se mire, esto puede resultar un tesoro también. Tal vez podamos vender este pedazo de hierro como chatarra...

—No lo toque —dijo Hollinger echando mano de su contador —. Tal vez esté fuertemente contaminadode radiactividad.

Berlacher se acercó con curiosidad, en tanto que miss Wilburton se mantenía un poco apartada en un nivel más bajo, poco interesada al parecer por el resultado de las excavaciones.

—No tiene radiactividad —dijo Hollinger después de acercar el extremo del cable de hierro cubierto de herrumbre.

Berlacher dijo:

—Me figuro que usted supone que Salt Lake City fue arrasada por una explosión nuclear.

—¿Qué otra cosa pudo destruirla si no?

Berlacher señaló hacia el llameante disco del sol.

—Mire usted eso, Hollinger. ¿Qué ve?

—¿Se refiere al sol? —interrogó Hollinger.

—Precisamente al sol. Está cayendo rápidamente sobre el horizonte y pronto anochecerá.

—¡Imposible! —protestó el millonario —. ¡Si sólo hace unas horas que amaneció!

—Cinco horas aproximadamente. Eso es precisamente lo extraño, que nuestros días se hayan acortado tanto que sólo duren cinco horas.

Hollinger miró perplejo el monstruoso disco del sol. Miró a Berlacher y se llevó las manos a los ojos como deslumbrado.

—Diga lo que está pensando, Berlacher —refunfuñó —. ¿A qué puede deberse eso? ¿Lo sabe?

Berlacher suspiró y dijo:

—En este momento quisiera ser un hombre versado en astronomía, pero desgraciadamente es muy poco lo que sé de esa Ciencia. Algo he leído sin embargo, y esto es lo que se me ocurre...

Berlacher se interrumpió porque en este momento Arnett Wilburton dejó escapar un agudo grito de horror.

.

CAPITULO IV.

.

Los tres hombres se volvieron al mismo tiempo. Arnett Wilburton caía en este momento de espaldas y uno de sus pies, según Sigurd pudo ver, quedaba hundido hasta media pantorrilla en la oculta y traicionera grieta entre dos sillares.

Al mismo tiempo, — dos cabezas siniestras, puntiagudas y unidas al mismo cuerpo escamoso, se erguían y balanceaban como buscando el sitio por donde atacar a la aterrada muchacha.

Era una enorme serpiente, una víbora bicéfala.

—¡Socorro! —gritó Arnett retorciéndose, sin poder arrancar su pie de la maldita grieta —. ¡Harmon, ayúdame!

Sigurd pegó un brinco agarrando la pala que enarboló como una maza.

—¡No se mueva, Arnett! —advirtió Berlacher intentando sacar la pistola.

Harmon Hollinger dio un salto hacia la chica. En la mano tenía la automática de grueso calibre. Dio una rápida vuelta para tomar posición desde la cual disparar sin herir a la señorita Wilburton, extendió su corto brazo y oprimió el gatillo.

Retumbó el disparo pero Hollinger había fallado el tiro.

Berlacher había sacado ya su pistola, extendió el brazo apuntando y tiró del gatillo. No hubo detonación. La bala no salió.

La enorme víbora, erguida a más de un metro de altura, hizo un amago de ataque. Arnett chilló aterrorizada y Hollinger volvió a disparar rugiendo maldiciones. Pero como acababa de ocurrirle a Berlacher, tampoco la bala de Hollinger salió del cañón.

Sigurd avanzó ahora de un salto, enarboló la pala y la dejó caer de plano sobre la doble cabeza del reptil. Hubo de repetir el golpe para aplastarle una de las cabezas, pero aún así la bestia seguía moviéndose y Sigurd tuvo que descargarle, dos golpes más hasta machacarle el horrible cráneo y dejarla retorciéndose en la arena.

Berlacher, mientras tanto, tiraba lejos su inútil pistola y corría

a levantar a Arnett.

—¡Maldita sea mi estampa! —gritaba Hollinger furioso —. El sol me deslumbre. Y luego falló el maldito cartucho.

—Salió de pronto por esa grieta —explicaba a su vez Arnett excitada y temblorosa —, ¡Dios mío, fue horrible! ¡Oh, creo que me rompí el tobillo!

Tirando con suavidad del tobillo de la joven, el profesor Berlacher logró sacar el aprisionado pie de ésta. Arnett, después de descansar su pie en el suelo, cambió de opinión.

—Duele mucho, pero creo que no está roto.

—Siento mucho lo ocurrido, Arnett —se excusó Hollinger yendo a sostener con su brazo a la chica —. Habíamos tomado precauciones para que la munición no se echara a perder, pero algunos cartuchos deben haber perdido su fuerza explosiva después de tanto tiempo.

Sigurd estaba contemplando sombríamente el reptil muerto y Berlacher se unió a él.

—¿Qué me dice usted de esto, profesor?

—¡Un reptil bicéfalo! —Exclamó Berlacher acuclillándose para estudiar de cerca al bicho —. Jamás había visto nada parecido. No es un ser normal, por supuesto, sino una monstruosidad de la Naturaleza.

Hollinger llamó a Sigurd.

—Ayude a la señorita Wilburton a llegar hasta el aparato, Flagg.

El millonario se alejó para ver de cerca al monstruo. Sigurd ofreció su brazo a la señorita Wilburton para que se apoyara en él, pero esta clase de ayuda resultó ineficaz para llevarla por la ladera de la duna, abajo. Al resbalar ella y estar a punto de caer, Sigurd la sujetó con fuerza rodeándole el esbelto talle con su brazo. El la sintió temblar a su contacto.

—¿Todavía asustada?

—Usted podrá tomarlo a risa, pero siempre sentí irreprimible repugnancia por los reptiles. No una víbora, sino una simple lagartija era suficiente para que los otros niños me hicieran correr despavorida. Por supuesto, le hablo de cuando era niña. Luego, ya mayor, seguí con esa aprensión por los bichos que se arrastran. Creo que eso influyó no poco para hacerme marchar a la ciudad.

—No sé por qué siempre me figuré que era una chica de provincias.

—Seguramente porque no he podido desprenderme todavía de mi aire de pazguata —murmuró la chica mortificada.

Llegaron junto al trineo. Sigurd la ayudó a trepar hasta la carlinga. Ella se dejó caer suspirando en el asiento y levantó sus ojos hasta el preocupado rostro de Sigurd.

—Gracias por todo, señor Flagg. Creo que si no llega a estar usted cerca con su pala… a estas horas todavía me encontraría allí dando chillidos mientras Harmon daba vueltas a mí alrededor tratando de disparar su inútil pistola.

—No tiene importancia. Como campesino que soy, he tenido bastantes encuentros con serpientes de cascabel en mi juventud. Mi padre me enseñó que la mejor arma contra una víbora es una pala.

La chica le miró fijamente y luego sonrió como satisfecha de saber que había algo de común entre los dos.

Hollinger y Berlacher venían hacia el trineo hablando animadamente. Se detuvieron junto al aparato y allí siguieron hablando. Berlacher manifestó:

—La existencia de reptiles bicéfalos viene en apoyo de la teoría de usted. Es cierto que una contaminación de la atmósfera terrestre a consecuencia de una guerra atómica puede haber dado origen al nacimiento de especies degeneradas, a monstruos como el que acabamos de ver. No obstante, otras causas distintas de una guerra pudieron producir análogos efectos y una destrucción mayor en la Tierra. Por ejemplo, una colisión entre nuestro sol y una estrella extraña, lo cual produciría una explosión cósmica de efectos millones de veces mayor que la peor guerra atómica que pudiese haber habido aquí entre los pobladores de nuestro planeta.

—¿Una catástrofe, cósmica, eh? —murmuró Hollinger pensativamente.

—Eso al menos explicaría la transmutación sufrida por nuestro astro. Esa estrella intrusa, penetrando violentamente en nuestro sistema solar, perturbaría la órbita de nuestra Tierra y acaso la afectase tanto que este planeta aumentase la rapidez de su fijo alrededor de su eje. Al propio tiempo, atraída por el Sol, esa estrella haría impacto en nuestro astro, y la explosión que se produciría haría aumentar en muchos millones de grados la temperatura en el interior del Sol. La Tierra, después de los grandes terremotos e inundaciones provocadas por el paso de ese cuerpo celeste, vería arder sus bosques y disiparse en gigantescas nubes de vapor el agua de sus océanos. La radiactividad que constantemente estamos recibiendo del Sol aumentaría en la misma intensidad que el calor de los rayos de éste, y por espacio de varios siglos la vida quedaría aniquilada en este planeta, o arrastraría una existencia precaria de la que nacerían en mutaciones sucesivas extraños y alucinantes monstruos como el que acabamos de ver.

Berlacher calló tendiendo su vista hacia el monstruoso sol verde que caía rápidamente sobre el horizonte.

Fue Arnett Wilburton quien entonces exclamó:

—¡Dios mío, eso significa que la Tierra ya tuvo su Apocalipsis!

Berlacher se volvió a mirarla, Sigurd se volvió también, y todas las miradas coincidieron sobre el pálido y aterrado rostro de la joven.

— ¡Bah! —exclamó Hollinger estremeciéndose —. ¿Quién cree en esas patrañas acerca del Apocalipsis? Si la vida toda hubiese sido aniquilada de este planeta, la Tierra sería un cuerpo celeste tan muerto como lo está Marte. Que algo ocurrió aquí es evidente. Pero me niego a admitir que haya sido algo de proporciones tan gigantescas que nos haya dejado a nosotros solos en un mundo muerto y despoblado. Es una majadería.

Sigurd Flagg miró a Berlacher tratando de descubrir el efecto que en éste causaba el grosero exabrupto de Hollinger. Pero el profesor era ante todo una persona educada, y aunque enrojeció ligeramente no contestó.

—Bueno, veámonos —gruñó Hollinger trepando a la carlinga —. Antes de diez minutos va a ser completamente de noche, y nos va a costar trabajo encontrar el camino de regreso al laboratorio.

Sigurd Flagg empuñó los mandos, embragó el ventilador y aceleró haciendo elevarse con suavidad la máquina. Luego, en medio de una nube de polvo, el trineo aéreo giró media vuelta y emprendió el camino de regreso.

. * * *.

Cuando el gran sol verde volvió a aparecer tras las montañas después de cinco horas de oscuridad, los expedicionarios estaban preparados para emprender su largo viaje hacia el Este.

En primer lugar, se había suscitado un conato de discusión, el cual sofocó Hollinger con su proverbial autoritarismo al imponer su opinión sobre la de los demás. Worsley, Berlacher y Flagg, eran partidarios de emprender la corta ruta del Oeste hasta las ciudades de la costa del Pacífico.

Hollinger contestó con brusquedad.

—Si exceptuamos San Francisco y Los Ángeles, la costa del Oeste está prácticamente despoblada. Iremos al Este hacia Chicago, y luego al Sur, hacia Boston, Nueva York y Washington.

Y allí terminó la resistencia de Worsley y Berlacher.

Una vez más estuvo Sigurd a punto de protestar contra el despotismo de Hollinger, pero también esta vez se contuvo. Al fin y al cabo, a él personalmente le daba lo mismo ir al Este que al Oeste. Y aunque nunca debió imponer su voluntad por la fuerza, sino a base de razonamientos apoyados en la lógica, Hollinger estaba esta vez en lo cierto. La ruta del Este era más larga hasta el mar, pero el océano no constituía en realidad la meta de la expedición. Yendo hacia el poblado Este, las oportunidades de encontrar una población habitada eran considerablemente mayores.

Así estuvieron preparados con equipo, armas y las escasas

provisiones consistentes en algunos frascos llenos de grano, el grupo se acomodó en los asientos y Sigurd hizo deslizar el trineo fuera de la gruta hasta el “cañón” que siguieron en su primera salida.

Debido a que un trineo aéreo no era un helicóptero que pudiese sobrevolar las montañas, la idea de Hollinger era utilizar la antigua ruta de los ferrocarriles siempre que ésta fuese practicable.

El viejo Utah, árido y cálido, de los recuerdos de Sigurd, renovaba su fama inhospitalaria en esta estampa nueva de aridez y desolación. La acción destructora de las lluvias y los vientos en estas montañas sin vegetación había sido terrible. El suelo aparecía cruzado en todas direcciones de profundas barrancas y allí donde la roca aparecía desnuda, el viento continuaba su lenta demolición puliendo los cantos agudos, abriendo socavones y perforando fantásticos puentes de granito.

A bordo del trineo, en el confortable interior de la bien cerrada carlinga, protegidos del polvo y disfrutando de las ventajas del sistema de aire acondicionado, moviéndose con rapidez y comodidad sobre el cojín de aire que absorbía las desigualdades del quebrado terreno, aquel paisaje de pesadilla que veían a través de los cristales azulados perdía en gran parte su adustez natural. Ni el color, ni la temperatura ni los sonidos que llegaban hasta los viajeros eran los propios de aquel desierto.

Después de cinco horas de viaje, al acabar el breve día y caer sobre la torturada tierra el negro manto de la noche, el trineo se detuvo y sus tripulantes salieron para estirar sus entumecidas piernas.

En este momento, toda la horrenda grandeza del desierto cayó sobre el grupo con su silencio aplastante. El viento silbaba siniestramente los picachos y gemía lastimeramente en las cavernas de los riscos. Crujientes nubes de polvo se arremolinaban en torno al aparato. De la cabina de éste irradiaba la luz a través de sus cristales azules, pero más allá de este círculo la oscuridad lo confundía todo en un caos negro, vacío, del cual parecía salir una extraña fuerza de succión semejante a la que producen los grandes abismos.

Worsley dijo:

—Me estremezco al pensar que esas nubes de polvo puedan dar la vuelta al planeta sin llegar a ninguna parte.

Un extraño temor se había apoderado de todos ellos. Su miedo era probablemente el mismo que atormentó a los primitivos habitantes del planeta incitándolos a buscar la compañía de sus semejantes. Este era su miedo a la soledad.

Los expedicionarios se recluyeron en la cabina del aparato para despachar la cena más frugal que jamás habían tomado; un puñado de grano que sabía a polvo y un trago de agua.

Hollinger estaba de mal humor.

—Si al menos tuviésemos luna continuaríamos el viaje.

Sigurd, Worsley, Berlacher y Shantel se miraron entre sí.

—¡Oigan! —exclamó Shantel —. ¿Dónde está la Luna? ¡Condenación! ¿Se habrá encogido durante todos estos siglos quedando en aquel globito que vimos la primera noche?

—No diga imbecilidades, Shantel —refunfuñó Hollinger —. La Luna no puede haberse encogido, pero su cabeza de usted, sí. Berlacher ¿puede ser aquel pequeño satélite nuestra luna?

Berlacher quedó un buen rato pensativo, en tanto que todas las miradas convergían sobre él. El sabio negó con la cabeza, volvió a reflexionar y se encogió de hombros.

—No lo sé —confesó —. Verdaderamente no atino a comprender lo que ha ocurrido aquí. Es posible que la Luna haya aumentado la distancia de la Tierra, al mismo tiempo que compensaba esa mayor lejanía reduciendo su velocidad de traslación alrededor de nuestro globo. ¿Cómo saberlo? ¿O deberé repetirles que no soy un astrónomo, sino un pobre e ignorante físico?

Los hombres guardaron silencio.

Cuando el pequeño globo se elevó dos horas más tarde sobre las montañas, ya estaban durmiendo la mayoría de los componentes del grupo. Sólo dos de ellos continuaban en vela, Sigurd Flagg y el profesor Worsley. Dijo Worsley murmurando, siguiendo con los ojos el veloz ascenso del satélite hacia el cénit:

—Hasta la Luna, asqueada, ha huido de la proximidad de este planeta apestado.

Cuando el gigantesco sol verde irrumpió de nuevo en el espacio, Sigurd embragó la hélice y el trineo se elevó poniéndose en marcha.

Aquella fue, sin duda, la jornada más dura que Sigurd tuyo que soportar como piloto. La realidad demostró que era mucho más fácil hablar de seguir la antigua ruta del ferrocarril que guiar el indócil trineo por un terreno escabroso sembrado de obstáculos.

Sólo en rara ocasión alcanzaron a ver el extremo herrumbroso de un raíl asomando en la arena. Las traviesas, podridas y pulverizadas, fueron tiempo ha barridas por el viento y habían dejado de existir hacía mil años. El acero de las vías se fue diluyendo en óxido un poco en cada tardía lluvia. Las aguas pluviales arramblaron los terraplenes, hundieron las zanjas y se llevaron las alcantarillas. Ni un solo puente quedaba en pie.

—Vaya por ahí —señalaba Hollinger con su brazo. Y no pasaba un minuto sin que volviera a indicar —: Tire por allá.

Sigurd le dijo exasperado:

—Coja usted los mandos, o bien déjeme a mí ir por donde mejor me parezca.

—Todo está igual de difícil —reconoció Hollinger —. Tire por donde le dé la gana.

Sigurd escogió el primer barranco que encontró y lo siguió dando vueltas y más revueltas. Aunque a veces parecía que estaba perdiendo el terreno que había ganado, llegó un momento en que empezaron a avanzar decididamente hacia el Este. El pequeño barranco los llevó a una torrentera mayor, ésta empezó a hundirse en el terreno hasta encajonarse entre las altas paredes de un “cañón”, y finalmente fueron a desembocar en un río que serpenteaba entre extensos bancos de grava y arena.

—Si supiéramos qué río es éste, sabríamos también en qué lugar nos encontramos —dijo Hollinger.

Se dividieron las opiniones. Unos creían que era el Green River que ya cruzaron el día anterior. Otros, más optimistas, aseguraban que se trataba del Platte. Se estudiaron los mapas, y puesto que el Green marcaba su curso hacia el Sur y el Platte directamente al Norte, decidieron que el río era este último, y que habían tenido suerte.

Mientras tanto, anocheció con aquella rapidez súbita a la que todavía no estaban acostumbrados, pero el viaje continuó en la oscuridad a la luz de los potentes faros del trineo. El camino era ahora llano y fácil de seguir, como que habían decidido continuar por el río hasta la confluencia de éste con el Missouri, ganando en el gran rodeo que darían lo que perderían intentando escalar de frente los montes Laramie.

Sigurd cedió los mandos a Shantel y se retiró al compartimento de equipajes para dormir cinco horas a pierna suelta mecido por los suaves movimientos del trineo y arrullado por el regular zumbido del motor.

El amanecer trajo una sorpresa para los viajeros. El trineo acababa de doblar el gran recodo del North Platte y las llanuras de Wyoming se abrieron a los ojos de los exploradores con su aterciopelado mar de hierba. La máquina avanzaba a 200 kilómetros por hora sobre el cauce del río, que era aquí enormemente ancho y alternaba con extensos bancos de arena y lodo en los que habían arraigado extraños y retorcidos arbustos.

—Bueno, y ustedes decían que todo el planeta era una bola de billar monda y lironda —exclamó Hollinger con expresión feliz —. Vean cómo la pradera no ha cambiado de aspecto en este par de milenios. Con unos cuantos búfalos y unos indios montados a caballo, ni el propio Búfalo Bill encontraría la diferencia.

—Esa puede ser la diferencia —dijo Berlacher —. Que no se ve un búfalo, un caballo, y mucho menos un indio.

—Ya los iremos encontrando. Me refiero a seres vivientes en general. Flagg, tome usted los mandos y haga correr este trineo cuanto

pueda. Me gustaría alcanzar Omaha antes de la noche.

Sigurd echó un vistazo al mapa. La distancia hasta Omaha no bajaba de los mil kilómetros en línea recta, pero se propuso intentarlo. La pradera que recorrieron las antiguas carretas en la ruta de Oregón se ofrecía tan llana como la palma de la mano. Daba gusto meter el regulador a fondo y ver cómo el río, los bancos de arena y las ondulaciones de la pradera eran absorbidos por el veloz e incansable aparato.

Hollinger había estado acertado como nunca al escoger esta máquina con preferencia a un automóvil y hasta un helicóptero. Si un camión hubiera quedado atascado en el difícil camino que recorrieron las jornadas anteriores, un helicóptero habría tropezado con insalvables dificultades para reabastecerse de gasolina.

Era muy probable que ya no se destilase gasolina en este mundo del 4.550. Pero esto era indiferente en lo que respectaba al trineo o “alfombra mágica”, que no quemaba gasolina ni siquiera tenía que detenerse a cambiar neumáticos.

Zumbando como un auténtico abejorro, aplastando alternativamente la alta hierba de la pradera y pasando sobre el agua del río como una brocha, el trineo aéreo descendió por el Platte y avanzó como un torpedo sobre la monótona llanura de Nebraska donde los ricos trigales se perdían de vista en otros tiempos.

Devuelto a la Naturaleza, un inmenso mar de hierba volvía el país a su primitiva apariencia. Todo el breve día de cinco horas fue un continuo correr hacia el Este siguiendo la ruta que trazaba el río. Más pese a los esfuerzos de Sigurd, Omaha quedaba todavía a unos 200 kilómetros cuando el sol se ocultó tras sus espaldas.

—Sigamos —insistió Hollinger indiferente a la fatiga de que daba muestras el piloto —. La ciudad ya no debe quedar muy lejos.

—Eso, naturalmente, en el supuesto que la ciudad exista todavía —dijo Shantel.

—Estoy seguro que pronto vamos a encontrarnos con seres humanos. Es natural que en el avanzado mundo que yo concibo, el hombre haya descubierto la agricultura. En la actualidad, la alimentación del mundo dependerá exclusivamente de la industria. Las máquinas lo producirán todo, y la gente que abandonó los campos de cultivo vivirá aglomerada en gigantescas ciudades llenas de rascacielos.

—Amén —respondió Shantel con voz cavernosa.

Sigurd había vuelto a llevar el trineo sobre el río. El vuelo continuó a la luz de los focos. Pasada una hora, Shantel apuntó:

—¿No deberíamos estar viendo el resplandor de una ciudad mayor que el Nueva York de mil novecientos noventa?

Un sordo gruñido de Hollinger fue la destemplada respuesta.

La Luna —si es que la Luna era el lejano satélite de resplandor azulado — asomó sobre el horizonte y comenzó aquella subida vertiginosa hacia el cénit.

—Veo algo allí —señaló el gigantesco Skinner.

Todos los ojos se volvieron en la dirección que señalaba el brazo del ex boxeador. Una línea de luces brillaba en la profunda oscuridad de la noche.

—¿Qué es? —preguntó la señorita Wilburton.

—Fogatas —contestó Sigurd.

—¿Fogatas?

—U hogueras, llámelo como quiera —insistió Sigurd —. Están a nuestra derecha. ¡Ah, bien! Aquí está, por fin, la confluencia. Eso no puede ser otra cosa que el caudaloso Missouri.

Sigurd movió rápidamente la palanca de gobierno. Allí ante los faros brillantes con reflejos metálicos una agitada corriente de agua.

—Buen chasco —dijo Shantel sarcástico —. Si la confluencia del río no ha cambiado de sitio, las fogatas brillan justamente donde debieran resplandecer los altos rascacielos de la ciudad de Omaha.

—¡Cállese ya de una vez, maldito imbécil! —gritó Hollinger irritado en su decepción. En la carlinga se hizo un silencio quebradizo, algo a la vez pesado y frágil que amenazaba con saltar en añicos como la luna de un gran escaparate. Hasta Skinner y French miraron sorprendidos y atemorizados a su jefe. Hollinger tocó a Sigurd en un hombro —. Ponga rumbo a esas luces, Flagg.

Sigurd no se movió. El esquí aéreo permanecía inmóvil sobre el río, y el zumbido de su ventilador pareció crecer en aquel ominoso silencio. Hollinger dijo exasperado:

—¿No me oye, Flagg? Vamos hacia esas luces.

Sigurd repuso sin volverse:

—Diga "por favor, Flagg".

— ¿Cómo? —chilló Hollinger, y una ola de sangre subió a su blanco rostro...

—Diga "por favor". Y no estaría de sobra que ofreciera disculpas a Shantel. El no es ningún imbécil.

—¡Oiga, Flagg! —gritó el millonario —. Yo soy el dueño de este trineo y no tolero que nadie me venga con imposiciones. Soy también el jefe de esta expedición. De manera que si alguien no está conforme con lo que yo hago, ya puede apearse y marcharse con viento fresco. ¿Se entera?

Apenas Hollinger había acabado de pronunciar estas palabras y ya había pegado Sigurd un puntapié a la palanca del gobierno. El esquí descendió bruscamente y cayó en el agua donde enseguida empezó a ser arrastrado por la corriente.

—¡Flagg, maldita sea! ¿Qué hace usted? ¡Vuelva a poner el

aparato en el aire! —chilló Hollinger con voz aguda.

—Hágalo usted mismo. Como no estoy conforme en su forma de dar las órdenes, me despido en este momento de la expedición.

French Joy estaba detrás de Sigurd y se incorporó de Un salto agarrando por detrás el cuello de éste. Sigurd intentó levantarse, pero la escasa altura del techo se lo impidió. Luego, un objeto redondo y duro le oprimió la sien. Era el cañón de la pistola de French.

Arnett Wilburton dejó escapar un pequeño grito de pánico. French Joy rugió:

—¡Haz lo que te mande el amo y a callar, mastuerzo!

La manaza de Joy aflojó su presión sobre la garganta de Sigurd y éste se volvió furioso para encontrarse con el cañón de la pistola ante los ojos.

—Por favor, señor Flagg —gimió la señorita Wilburton retorciéndose las manos.

Sigurd miró a la muchacha. Luego a la pistola, a la ancha y brutal cara de Joy y a Harmon Hollinger que estaba detrás con los labios fuertemente fruncidos.

—Está bien, Hollinger. Pero alguna vez tendremos que continuar esta discusión en términos de una mayor igualdad.

—Levante el aparato —fue la seca respuesta del millonario.

Sigurd le volvió desdeñosamente la espalda, empuñó de nuevo los mandos e hizo elevarse el trineo sobre el río. Luego, lentamente y a poca altura, lo guió hacia la playa donde brillaban las fogatas.

La luz de los focos dejó entrever furtivas figuras que escapaban hacia la arboleda próxima.

—Pare en la playa —ordenó Hollinger. El trineo fue a posarse suavemente en la arena. Las fogatas estaban a menos de 50 pasos de distancia, pero ni un alma se veía en la proximidad del fuego.

.

CAPITULO V.

.

Harmon Hollinger abrió la portezuela, pero no fue él el primero en saltar del aparato.

—Ted, Joy... coged las ametralladoras y bajad. Usted también, señor Flagg.

—¿Yo, por qué? —protestó Sigurd —. No tengo la menor curiosidad por hablar con esa gente.

—¡Baje le digo! —gritó Hollinger —. Y usted también, Shantel. Si estamos aquí por el interés de todos, justo es que todos nos arriesguemos lo mismo.

—¿No será que teme usted que levantemos el vuelo y le dejemos plantado en medio de esos salvajes? —apuntó Sigurd.

La idea estaba seguramente en el pensamiento de Hollinger. Su

faz se puso roja. Gritó:

—¡Coja su ametralladora y apéese!

—Yo iré también —dijo el profesor Worsley —. Siento curiosidad por conocer a esa gente.

—Muy bien —dijo Hollinger —. Quédese usted ante los mandos por si tuviéramos que retirarnos precipitadamente, Berlacher. Arnett, no salgas del aparato.

Sigurd cogió la subametralladora y pasó por delante de Hollinger saltando a tierra. Hollinger se apeó a su vez y dijo:

—Despliéguense y vamos.

Los hombres avanzaron desplegados en una línea, las armas preparadas para hacer frente a cualquier eventualidad. Cinco fogatas de buen tamaño crepitaban formando un círculo en un espacio irregular donde el piso aparecía apisonado. Más allá, los potentes focos del trineo aéreo iluminaban unos bultos deformes que resultaron ser toscas chozas de juncos y barro.

No se veía un alma, y al alejarse del trineo y amortiguarse el sordo zumbido de la turbina, el silencio envolvió a los expedicionarios, denso, pesado y amenazador. Hollinger se detuvo al llegar ante las fogatas, donde los tímidos habitantes de la aldea podían verle bien.

—¡Eh, salid! —gritó Hollinger —. ¡No temáis! ¡Somos amigos!

Sigurd Flagg, en el extremo derecha de la línea y casi rozando la maleza, sintió que sus pies tropezaban en algo duro que sonó a hueco. Se inclinó para ver... ¡Era un cráneo!

El profesor Worsley era el que estaba más cerca de Sigurd y éste le llamó en voz baja. Worsley se acercó, miró la cosa que Sigurd le señalaba en silencio y se inclinó. Púsose de cuclillas después, y finalmente cogió la calavera y la levantó.

En este instante se escuchó allá en la espesura un “tam” apagado y sordo. Era el sonido de un tambor, pero tímido, como un susurro, como una pregunta que un hombre asustado hace a otro hombre asustado.

—Ha sonado por la derecha —dijo Skinner.

“Tam, tam”.

Dos breves percusiones de tambor resonaron ahora a la izquierda. El de la derecha contestó. No cabía duda, aquél era un tosco lenguaje telegráfico por medio del cual dos seres más o menos inteligentes cambiaban un mensaje. De pronto, un tambor de mayor tamaño resonó allá al frente con rápidos, casi eléctricos “tam—tam”.

—Veámonos —dijo Shantel desde el otro extremo de la línea —. Esto no me gusta nada.

Los dos tambores pequeños se habían unido ahora al grande y toda la pradera parecía despertar al sonido de aquellos rápidos y

sonoros golpes. Inesperadamente, una fuerte gritería se elevó de la espesura. Hollinger hizo una seña y empezó a retroceder. Y apenas Hollinger hizo esto seguido de sus dos guardaespaldas, Sigurd Flagg comprendió lo que iba a suceder.

La tribu, quienesquiera que fuesen los habitantes de la aldea, se sintió envalentonada viendo retroceder a los forasteros. Los ramajes se movieron, hubo un rumor de hojas removidas, y unas figuras salieron mostrándose a la luz de las fogatas y los focos del trineo que seguía alumbrando la escena desde la playa.

Los expedicionarios quedaron clavados al suelo por el estupor.

Ante ellos, una apretada fila de extraños seres, de cuerpos disformes y peludos, de grandes cráneos y melenas aceitosas, les contemplaban con igual sorpresa, mezcla de miedo y furor. Extraños adornos colgaban de sus robustos cuellos y de sus largos brazos. Muchos llevaban huesos prendidos en una trenza arriba del cráneo. Todos empuñaban lanzas agudas y grandes y afiladas hachas de curvado mango. Algunos se escondían tras enormes escudos pintarrajeados. ¿Hombres? ¿Fieras?

Durante un minuto terrible se contemplaron los dos grupos estudiándose. Luego, uno de los salvajes levantó su lanza y soltó un espeluznante aullido que fue coreado por los demás. Las puntas de las lanzas enfilaron a los forasteros.

—¡Atrás! —gritó Hollinger — ¡Atrás!

El movimiento de retirada de los expedicionarios fue seguido de un movimiento de avance de los salvajes. Las balas silbaron en el aire y al mismo tiempo tabletearon con furia las subametralladoras.

Sigurd Flagg vio venir una de las jabalinas y se apartó de un salto. Media docena de salvajes venían corriendo hacia él y Sigurd disparó desde la altura de la cadera. Tres hombres cayeron y el resto se detuvo intimidado por la terrible eficacia de aquella arma ruidosa y seguramente desconocida para ellos.

En realidad la subametralladora de Sigurd se había atascado al fallar uno de los cartuchos. En el resto del grupo expedicionario, otras armas se atascaron también a causa de la deficiente munición, pero el movimiento de detención de la horda dio a los viajeros una pequeña tregua que ellos utilizaron para correr velozmente de regreso hacia el trineo.

Entre los expedicionarios, Hollinger, Shantel y el profesor Worsley volvieron la espalda a los salvajes echando a correr.

Cómo interpretaron los salvajes aquel movimiento era cosa que nunca se podría saber. Indudablemente, ver las espaldas de la mitad de sus enemigos los envalentonó. Lanzaron un aullido y volvieron al ataque.

Sin dejar de retroceder andando hacia atrás, Sigurd había

logrado desatascar su metralleta echando fuera el cartucho fallado y disparó de nuevo una descarga que tiró rodando a media docena de salvajes. A Skinner se le había atascado la metralleta también y había echado mano de la pistola tumbando enemigos con certera puntería. French Joy disparaba su metralleta tiro a tiro.

French, Skinner y Flagg, los tres cubrieron la retirada del resto dando la cara a la horda que avanzaba de un salto cada paso que ellos retrocedían.

Las hachas zumbaban desplazando el aire en mortal revoleteo, y las lanzas silbaban y se clavaban en el suelo con fuerte vibración. Por fortuna para ellos, la luz de los focos del trineo deslumbraba a los salvajes que tenían que arrojar sus armas a bulto.

En desordenado montón, los expedicionarios alcanzaron el trineo entre los furiosos aullidos de la horda y los gritos agudos de Arnett que llamaba desde la portezuela. Hollinger fue el primero en llegar y se metió en la carlinga de un salto. El segundo en llegar fue Shantel, pero éste se apartó para ceder el paso al profesor Worsley. Worsley subió empujado desde atrás por Shantel, y en este momento llegó revoloteando una pesada hacha que fue a hundirse con espeluznante crujido en la espalda del ingeniero.

Shantel cayó entre los brazos de Sigurd que venía detrás.

—¡Brent! ¡Brent! —gritó Sigurd angustiado.

Ted Skinner llegó empujando a Sigurd y se metió de rondón en la carlinga. Un hacha pegó con ruido contra el costado de titanio del aparato y una lanza se estrelló contra los cristales a prueba de balas.

—¡Ayúdenme a subir a Shantel! —gritó Sigurd.

French Joy vino jadeando. Junto a la portezuela abierta se volvió para disparar de una sola ráfaga todos los cartuchos que quedaban en el cargador de su metralleta.

—¡Écheme una mano! —le dijo Sigurd.

—¡Déjele! ¿No ve que está muerto? —espetó Joy. Y se metió de un salto por la portezuela.

Shantel seguramente estaba muerto, pero Sigurd no tenía la certeza de ello y se resistía a abandonarle herido en manos de aquella horda salvaje. Otra hacha pegó en el trineo con ruido de tambor. El aparato rugió al embragar el ventilador y una violenta corriente de aire azotó los pies de Sigurd.

—¡Esperen! —gritó.

El trineo estaba elevándose ya. Sigurd lanzó una maldición, abandonó a Shantel en el suelo y se agarró a la portezuela. El aparato se elevó bruscamente y empezó a retroceder hacia el río.

La rabia impedía casi hablar a Sigurd cuando finalmente logró izarse hasta la carlinga.

—¡Imbéciles! — aulló encarándose con French —. ¿Por qué no

me ayudaron? ¡Hemos abandonado a Shantel! ¡Y es posible que todavía esté vivo!

—Estaba muerto —dijo French sombrío —. Y si no lo estaba era lo mismo. Se iba a morir.

Sigurd se arrojó sobre él esgrimiendo sus puños, pues había perdido la subametralladora al querer ayudar a Shantel. French le atizó un golpe en la cara con la culata de su metralleta. Sigurd cayó en el compartimento de equipajes echando sangre por la boca.

—Se lo advierto, mocito —dijo French amenazándole con la subametralladora que esgrimía como una maza —. Vuelva a ponerme la mano encima y le abriré la cabeza como una sandía.

—¡Cobardes! —gritó Sigurd —. ¡Cobardes! —la cólera que sentía le ahogaba. Le zumbaban los oídos. Se echó de bruces sobre los fardos del equipaje y desahogó su rabia descargando fuertes puñetazos.

Le dejaron. Worsley, Hollinger y Berlacher habían entablado animada discusión, pero Sigurd los oía confusamente entre el fuerte zumbido del motor. Por lo que entendió, Hollinger se proponía seguir el curso del Missouri hasta Sant Louis. Desde allí continuarían por el Mississipí hasta la confluencia de éste con el Tennessee, y luego por el Ohío arriba hasta las regiones densamente pobladas del extremo Este. Al cabo de largo rato, ya tranquilizado y mal que resignado con la irreparable pérdida del bueno Shantel, Sigurd cayó en la cuenta de la extrema dureza del fardo sobre el que estaba echado. Apartó la lona intrigado.

Debajo encontró un montón de refulgentes lingotes de oro.

Sigurd cubrió apresuradamente el tesoro al sentir que se acercaba alguien.

Era la señorita Arnett Wilburton con un puñado de trigo en un plato y una cantimplora. Sigurd se incorporó mientras la muchacha se arrodillaba a su lado.

—Su comida, señor Flagg.

Sigurd bebió para quitar de su boca el áspero sabor a sangre.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Arnett clavando en él sus grandes y asustadas pupilas.

—Muy bien, gracias.

Ella se sentó sobre sus talones, cruzando las pálidas manos sobre las rodillas y observándole pensativamente, mientras Sigurd masticaba los insípidos granos de trigo.

—He sentido mucho lo de su amigo Shantel —dijo ella después de un rato de silencio.

—Shantel no era más amigo mío que de cualquiera de ustedes —repuso Sigurd ásperamente —. Eso es lo malo de este desdichado grupo. Apenas nos conocíamos superficialmente cuando nos

enterramos en vida en el laboratorio del doctor Worsley, y seguimos siendo unos extraños los unos respecto a los otros. No existe camaradería entre nosotros, y muchos de los que forman este grupo ni siquiera conocen el sentido de esa palabra.

Arnett Wilburton guardó silencio. Luego preguntó:

—¿Está arrepentido de habernos acompañado, señor Flagg?

—Usted sabe por qué me metí en esta aventura. No creo que tenga derecho a quejarme. Las doradas pupilas de la chica se levantaron hasta el rostro de Sigurd. Los rojos labios temblaron.

—Le he decepcionado. ¿No es así, Flagg?

Sigurd evitó mirarla ahora. Tocó la lona sobre la que estaba sentado.

—¿Sabe lo que hay aquí? —levantó una punta de la lona y le mostró el montón de oro.

—¡El tesoro de Harmon! No sabía que lo hubiera traído consigo.

—Pues lo ha llevado. Aunque va a servirle de bien poco aquí. El no quiere creerlo todavía, pero es todo lo que Hollinger puede aspirar; a sentarse en un trono de oro macizo y contemplar cómo una tribu de caníbales danza ante él antes de dar comienzo a un macabro festín. Yo le pregunto, señorita Wilburton, si valía la pena sobrevivir a una guerra atómica para venir a quedar en sólo esto.

—Sé lo que piensa de mí, Flagg... y reconozco que tiene razón. No, no valía la pena llegar tan lejos por tan poca cosa. Ni siquiera estaba recompensado sacrificar el corazón y los sentimientos de una para disfrutar el boato de una fortuna como la de Hollinger. Yo merecía esta lección... ¡y a fe que la he aprendido para siempre!

La muchacha se incorporó y volviendo su rostro para ocultar sus lágrimas y. su vergüenza huyó dejando a Sigurd a solas con sus encontradas emociones.

.

CAPITULO VI.

.

Kansas City, Sant Louis y Cincinnati fueron otras tantas decepciones en aquella insensata carrera en pos de una esperanza.

El paisaje Había cambiado y a ambas orillas del ancho Mississipí la selva virgen alzaba el borde oscuro de sus bosques impenetrables y solemnes. El paso raudo del trineo aéreo soplando las aguas del río, originaba por lo general un tardío movimiento de fuga en las salamandras gigantes que dormitaban en la arena bajo el sol. En varias ocasiones alcanzaron a ver monstruosas serpientes de dos cabezas nadando como delfines delante del aparato.

Cosa extraña, no vieron ningún pájaro.

El profesor Worsley, sacando conclusiones del cráneo que

había recogido en la aldea de los salvajes y de la corpulencia extraordinaria de los reptiles, expuso su teoría.

Según el doctor Worsley, una guerra total con armas nucleares tuvo lugar en alguna época del pasado de la Tierra, hacía de ello quizás dos mil quinientos años. El envenenamiento radiactivo de la atmósfera terrestre debió exterminar completamente las plantas, aniquiló pájaros y mamíferos y causó enorme mortalidad entre el género humano.

Ayudados por alguna circunstancia favorable y gracias a su ingenio, un corto número de personas lograron sobrevivir a tan espantosa hecatombe, aunque no a los efectos tardíos de la radiactividad que debió extenderse por herencia a los nuevos seres que fueron naciendo. En el transcurso de varias generaciones, el hombre perdió su apariencia humana y su espíritu creador fue sustituido por la brutalidad y el triunfo de los instintos más primitivos.

Apenas una sombra de la Humanidad que había dominado el mundo y las fuerzas de la Naturaleza, eran aquellos seres monstruosos que a la vista de los expedicionarios no pudieron reconocer en ellos a unos semejantes suyos. Probablemente, según la teoría de Worsley, algunos reptiles se salvaron también, aferrándose a la vida con aquel instinto vigoroso, que era común a todas las criaturas de la Creación. Pero igual que había sucedido con los hombres, profundos e incontrolables cambios afectaron a su descendencia, y de todo ello nacieron los monstruos bicéfalos y las razas de gigantes que arrebataban al hombre el dominio sobre la Tierra.

Al expresar esta teoría, el profesor Worsley no descubría ninguna idea, revolucionaria. Ya en 1990 se conocían diversidad de casos de padres afectados de alguna enfermedad radiactiva que engendraron hijos idiotas y repulsivos monstruos.

Los investigadores habían creado también ratones gigantes y otra extensa variedad de animales monstruosos en sus experimentos de laboratorio.

Por otra parte, los viajeros no se impresionaron demasiado con el despliegue de las horrendas teorías del doctor. Para éstos, lo que había ocurrido en el pasado no era tan espantoso como el futuro que les aguardaba en este mundo de salvajes y de bestias monstruosas. Un profundo desaliento se había apoderado de todos ellos.

Únicamente Hollinger seguía aferrado a la vana esperanza de encontrar en alguna parte seres vivientes escapados de esta especie de maldición que pesaba sobre el planeta.

—Mucha gente pudiente se estaba preparando para sobrevivir a un apocalipsis atómico. Ningún millonario era tan imbécil que prefiriese guardar en su arca el dinero que no se podría llevar a la tumba. Yo invertí muchos millones en conseguir los medios para

escapar a una destrucción universal. Otros de los —muchos que lo hicieron pudieron tener tanta suerte como nosotros.

—Yo creo que nuestra suerte ha sido excepcional, señor Hollinger —repuso el profesor Berlacher —. Si sólo hubiésemos dormido los quinientos años que en principio nos proponíamos, seguramente hubiésemos despertado a un mundo todavía envenenado de radiactividad. Y, a menos que fuésemos capaces de volver a poner en marcha las máquinas del doctor Worsley, probablemente ya estaríamos muertos hace dos mil años y ni polvo quedaría de nuestros huesos.

—En efecto —dijo Worsley —. Fue una suerte dejar a la decisión de nuestras máquinas el momento en que éstas se pararían por agotamiento o avería, y que estuviesen tan bien construidas por el señor Shantel y el señor Flagg. A ellos y al extraordinario rendimiento de las máquinas que ellos construyeron, debemos dar gracias de encontrarnos todavía vivos en este momento.

Cuando era elogiado por el profesor Worsley, Sigurd Flagg se volvió a mirar a la señorita Wilburton. Sus ojos se encontraron con los de la muchacha, y verdad o simple figuración suya, Sigurd creyó llenos de satisfacción y orgullo los ojos de Arnett.

Aunque no habían vuelto a tener ocasión de hablar a solas, el acercamiento de Arnett y Sigurd era tan cierto como que él le había perdonado la egoísta ambición que le impulsó a seguir a Hollinger en este arriesgado viaje al futuro. Sus ojos hablaban por ellos dos. Se encontraban, cambiaban un mudo mensaje y se apartaban como asustados de ser sorprendidos en su secreto.

Esto una vez y otra y un día tras otro.

En Pittsburgh, por primera vez, los viajeros encontraron evidentes señales de la antigua existencia de una gran ciudad. Allí, una tribu de criaturas contrahechas, disformes cráneos y peludos brazos que casi arrastraban por el suelo, había asentado los cimientos de una primitiva civilización creando lo que más podía parecerse a una aldea.

Las toscas edificaciones estaban construidas de ladrillo.

—Ladrillos de las antiguas acererías de Pittsburgh —dijo Berlacher después de mirar con los prismáticos.

Los salvajes habían corrido a esconderse al aparecer el trineo volando a ras del río. Los expedicionarios, por su parte, tampoco quisieron Correr el riesgo de ser recibidos como en el antiguo emplazamiento de Omaha.

—Sigamos —dijo Hollinger exhalando un suspiro de desaliento.

Sigurd estaba en aquel momento ante los mandos del trineo y no tuvo que preguntar el rumbo. La meta de aquel azaroso viaje a

través de medio continente seguía siendo Nueva York.

Era extraño cómo Hollinger se aferraba a la esperanza de que allí en el antiguo solar de la populosa Nueva York encontraría por fin lo que buscaba. Su tenacidad en este aspecto parecía tener todos los visos de una revelación o un presentimiento.

A veces, hasta el propio Sigurd se sentía contagiado de la fe de Hollinger.

Después de dejar atrás el solar del viejo Pittsburgh anocheció. Hollinger insistió en continuar el viaje en la oscuridad, y a este efecto sustituyó a Sigurd ante los mandos del aparato. Una ansiedad febril parecía haberse apoderado del millonario ante la proximidad de la meta que se había fijado.

Cinco horas más tarde, después de salir el sol, Sigurd volvió a hacerse cargo de los mandos.

En aquel momento estaban metidos en un terreno difícil de montañas pobladas de bosque. Los árboles no eran muy altos allí, pero el escaso techo del trineo hacía que surgiese como insuperable un obstáculo cualquiera que tuviese más de trece metros de altura.

Siguiendo los arroyos y ascendiendo por los angostos y empinados valles, Sigurd logró por fin salvar la cordillera para descender por el lado contrario. Encontró un riachuelo y lo siguió. Luego el riachuelo fue engrosando y Sigurd tuvo la certeza de que había ido a dar con el Hudson.

Cuando el río se convirtió en plácida corriente bordeada de impenetrables bosques, Hollinger despertó y estudió el paisaje con ansiedad.

—Sin duda se trata del Hudson —dijo excitadamente —. No tardaremos en llegar a Nueva York.

Tomó los prismáticos y se situó al lado de loe cristales registrando con insistencia la orilla izquierda del río.

—¡Espere, Flagg! —gritó Hollinger de pronto —. ¡Miren allí!

De tal forma se había contagiado el nerviosismo de Hollinger al resto del grupo, que Sigurd tiró de la palanca de gobierno como si realmente existiese riesgo de perder la vida de avanzar un solo metro más.

Hollinger señalaba ahora con la mano hacia la alta y negra ribera.

—¡Allí, veo una cosa alta y blanca como un monolito! ¡Vire hacia allá, Flagg!

Berlacher tomó los prismáticos y aseguró que veía también el monolito. Pronto al acercarse el trineo pudo verlo Sigurd a simple vista. Indudablemente era un monolito de piedra. Estaba muy cerca de Ja orilla.

La ribera tenía allí sus buenos doce metros de altura. De

manera que al llevar el trineo hacia tierra y pasar rozando la orilla, el cojín de aire encontró nueva resistencia y toda la máquina pegó un prodigioso brinco hacia arriba.

Desde la nueva altura que habían alcanzado, los tripulantes pudieron ver un área mayor que el terreno de juego de un campo de fútbol donde el piso estaba enlosado con grandes bloques de granito.

En medio de esté rectángulo que la vegetación había respetado, sobre una base de sillares que formaban tres grandes escalones, se levantaba el monolito de mármol blanco por encima de la copa de los árboles más próximos.

—Aterrice ahí, Flagg —dijo Hollinger señalando el área enlosada.

Sigurd llevó la máquina hasta el pie del monumento y cerró lentamente el regulador. El trineo se posó suavemente sobre las losas.

Hollinger cogió su metralleta y abrió la portezuela de la cabina.

—No olviden las armas. Nadie sabe lo que puede pasar —dijo.

La ansiedad que sentía rompió la tradicional cautela de Hollinger. Saltó el primero a tierra y levantó sus ojos hacia el monumento. Los demás le siguieron empujándose, siendo Sigurd el último en apearse — a continuación de Arnett Wilburton.

Lo primero que notó Sigurd —fue la extraña melancolía que trasudaba del solitario lugar. De la selva llegaba un vaho húmedo y cálido con fuerte olor a materias orgánicas en descomposición. Una lagartija gigantesca los contemplaba desde el borde del área empedrada. El monstruo les sacó su hendida lengua y se retiró a lo más hondo de las espesuras.

Sigurd miró —como los demás el monolito. La parte inferior de éste estaba cubierto de hiedra, la cual había arraigado entre los intersticios de los sillares.

En la cara del monumento del lado del río había una abertura rectangular enmarcando una puertecilla de acero oxidado.

Sobre la puerta, en letras de bronce incrustadas en el mármol, podía leerse con dificultad:

UNIVERSIDAD DE PRINCETON. SOLAR DE LA CIENCIA DE AMÉRICA.

—¡Universidad de Princeton! —exclamó Hollinger roncamente —. ¡Y creíamos estar en Nueva York!

Se volvió furioso hacia Sigurd.

—No es un error que no se pueda enmendar —dijo Sigurd fastidiado —. Sólo hay cien kilómetros en línea recta desde aquí a NuevaYork.

Hollinger parecía dispuesto a soltar alguno de sus ex abruptos cuando Worsley dijo:

—Podemos ir a Nueva York luego. Por lo pronto, quizá sea una suerte que Flagg nos haya traído aquí por equivocación. Estamos en el solar de la antigua Universidad de Princeton. ¿No les dice eso nada?

—¿Qué demonios quiere usted que nos diga un monumento a la memoria de una escuela que hace siglos dejó de existir?

Esta era otra de las formas típicas de expresión del millonario. Como hombre que se había hecho a sí mismo, sin estudios universitarios, con una rudimentaria educación, Hollinger despreciaba al intelectual puro, viendo en éste, aunque sin confesarlo, al individuo superior a él.

Dijo Worsley:

—Posiblemente éste no sea un simple monumento funerario a la memoria de la Universidad que dejó de existir, sino más bien un monumento a la civilización que se extinguió al mismo tiempo que era destruida la Universidad.

—Ese es un juego de palabras estúpido y sin sentido —gruñó Hollinger.

La arrugada faz del profesor se coloreó.

—Permítame terminar, señor Hollinger. Lo que iba a decir es esto sencillamente. Si este monolito ha sido alzado aquí como monumento funerario de nuestra extinta civilización, entonces es posible que como panteón conserve los restos de nuestra pasada cultura. Veo una puerta en la base del monolito. ¿Por qué no investigamos la que hay tras ella?

—¿Qué es exactamente lo que usted espera encontrar ahí?

—Nada quizá. Tal vez el relato de lo que aquí ocurrió. No lo sé.

—Una puerta siempre conduce a alguna parte —dijo Berlacher —. No entretendríamos mucho tiempo echándola abajo.

—Bien —dijo Hollinger de mal talante —. Está bien.

Sigurd, en su calidad de ingeniero, fue el encomendado de examinar la puerta.

—Es muy sólida —dijo Sigurd desde arriba —. Y tiene una cerradura, aunque está oxidada. Creo que con una poca nitroglicerina se hundiría.

Sigurd volvió a bajar los tres grandes escalones para regresar al trineo y tomar del equipo las herramientas que necesitaba. Con un taladro eléctrico conectado al generador del trineo practicó en breve tiempo tres agujeros alrededor de la cerradura. Vertió nitroglicerina en cada agujero, tapándolos con barro. Luego hizo las conexiones que llevó hasta el deflagrador eléctrico, a espaldas del monolito.

Una sorda explosión acompañada de mucho humo hizo moverse la puerta que quedó entreabierta. Los goznes estaban de tal forma oxidados que Sigurd y el corpulento Skinner tuvieron que unir sus fuerzas para hacer que la puerta se abriera totalmente con un

chirrido.

Un vaho húmedo a aire rarificado hirió el olfato de Sigurd. Este miró dentro del hueco y anunció:

—Hay una escalera que se hunde en el suelo. Necesitaremos linternas.

Hollinger envió a sus guardaespaldas al aparato en busca de las linternas "Voltabloc" recargables de cadmio y níquel. Mientras, el resto del grupo se reunía ante la puerta violada haciendo animados comentarios.

Cuando French y Skinner regresaron con las linternas, Hollinger les dijo:

—Quedaos aquí afuera cuidando del aparato.

Los dos guardaespaldas se sentaron en el borde del último escalón, dispuestos a esperar mientras los demás entraban en el hueco del monolito alumbrándose con las linternas eléctricas.

La escalera era de caracol, con peldaños esculpidos en el granito, y daba incesantes vueltas llegando a bastante profundidad antes dé interrumpirse ante una segunda puerta de acero inoxidable. Esta puerta, resguardada de la intemperie, se conservaba en muy buen estado. En realidad era mucho más fuerte que la puerta exterior, algo parecido a la puerta de una arca fuerte.

Arriba, grabado en una placa de acero azulado, Sigurd leyó en voz alta:

"PARA ABRIR LA PUERTA UTILICE LA COMBINACIÓN A—Ñ—O—2—0—2—2".

—¡Vaya una tontería! —exclamó Hollinger —. ¿Para qué pondrían una puerta de combinación si regalan la clave gratuitamente?

Sigurd se puso a manipular con los botones del mecanismo mientras Berlacher daba la explicación más lógica que se le podía ocurrir.

—Seguramente la intención de los hombres que construyeron este subterráneo no fue la de impedir que nadie pudiese entrar, sino que entrasen solamente individuos que poseyesen al menos una cultura elemental. Ellos clausuraron este sótano con una puerta bastante sólida para resistir los intentos de violación de una tribu salvaje, pero en cambio facilitaron los medios para que una persona medianamente inteligente pudiese abrirla sin dañarla.

Sigurd, en este momento, escuchaba dentro el chasquido de la barra que caía al ajustar la combinación.

—Bueno, ya está.

La puerta se abría hacia afuera como la de una caja blindada, y era tan pesada que Hollinger y Berlacher tuvieron que sumar sus fuerzas a la de Sigurd para imprimir a la pieza de acero el impulso

inicial que les permitió abrirla sin posteriores dificultades.

La luz de las linternas mostró a modo de un pequeño vestíbulo de forma rectangular sobre el cual daban tres puertas de acero inoxidable.

Aunque estaban cerradas, cada puerta tenía su correspondiente llavín en la cerradura. Sigurd.hizo girar una de estas llaves, empujó la puerta y arrojó dentro el haz luminoso de su linterna. Estaban en una biblioteca.

Casi de puntillas, con la misma reverencia religiosa que hubiera empleado para entrar en un templo, aquel pequeño puñado de supervivientes de un pasado remoto de la Tierra entró en aquel reducto de la ciencia y la sabiduría universales. Ante ellos, en sucesivas hileras que alcanzaban desde el piso al techo, cubriendo las cuatro paredes de la espaciosa habitación, se apretaban los tomos en número de varios miles.

En el centro del sótano se veía una mesa—vitrina de acero y cristal conteniendo diversidad de objetos que contribuían a formar una idea de cómo habían vivido, trabajado y estudiado, los hombres de una civilización brillante, ya extinta. En su mayor parte, los objetos que se mostraban bajo el cristal de la mesa eran reproducciones en miniatura a escala; casas, puentes, presas, canales, puertos, buque", automóviles, aviones y cohetes espaciales. Pero había también a tamaño natural otros objetos tales como zapatos, lentes, receptores de radio, televisores y teléfonos, microscopios, relojes y barómetros, cajas de música e instrumentos musicales; cámaras fotográficas, fonógrafos y mil diferentes cosas más.

Después de pasar una rápida mirada sobre el contenido de la vitrina, el grupo volvió a pasar por el vestíbulo para abrir la segunda puerta. Allí también, los volúmenes de texto ocupaban interminables filas de estanterías desde el suelo a los techos. Este sótano parecía estar dedicado a la Agricultura y la Industria, viéndose en dos grandes vitrinas centenares de reproducciones de máquinas diversas, así como muestras de una gran variedad de frutos y productos agrícolas.

Al entrar en la tercera sala, por último, los visitantes comprendieron que se hallaban ante un resumen breve y completo de la Historia del planeta, desde el hombre primitivo a la Edad del Espacio. En la larga vitrina central se exhibían en modelos reducidos reproducciones de todos los animales, peces, mamíferos, reptiles y aves, que en su día poblaron la Tierra...

La Historia del Hombre comenzaba en un esqueleto humano, seguía a través de varios maniquíes vestidos al uso de diversas épocas, y terminaba en una estatua de bronce representando un astronauta del año 2.000 con su equipo completo en la cabina de la sección de un cohete interplanetario.

Allí, como muestra curiosa, figuraban a lo largo de las estanterías, facsímiles de periódicos en marcos de acero resaltando los acontecimientos más notables de la historia de América, y en general del Mundo.

—Miren esto, compañeros —exclamó de pronto el profesor Worsley arrojando el haz de su linterna sobre el facsímil de un periódico. Y leyó en voz alta —: “Guerra atómica total sobre el Mundo.”

—Así, pues —dijo Hollinger —la guerra llegó por fin como todos habíamos previsto que sucedería. ¿A qué fecha corresponde ese periódico?

—Al ocho de febrero de mil novecientos noventa y siete.

—Y este subterráneo fue clausurado en dos mil veintidós, lo cual quiere decir que el Mundo no se terminó cuando terminó la guerra —apuntó el profesor Berlacher.

—¿Cómo sabe usted que este subterráneo fue sellado en ese año y no en otro cualquiera? —preguntó Hollinger.

Berlacher contestó:

—Así creí que nos lo daba a entender la cifra clave de la puerta de entrada. “Año 2022”.

—Naturalmente —dijo Worsley —este sótano no puede ser clausurado el mismo año de la guerra. La Universidad fue destruida. Luego se quitaron los escombros, se trajeron los sillares de granito y se construyó el sótano. La obra corresponde a un deseo de los sabios de aquella época, de dar a la posteridad una muestra de lo que fue nuestra antigua civilización. Esto quiere decir que el fin del mundo estaba irremediablemente dictado por la época que se levantó el monolito. Los hombres que iban a morir dejaron este monumento para los posibles supervivientes de aquella hecatombe.

—Entonces es que creían que habría supervivientes, en cuyo caso era una tontería tomarse tanto trabajo en demostrar a las generaciones futuras lo que había sido el mundo en nuestra época —dijo Hollinger.

—Nuestros científicos previeron con toda certeza lo que iba a ocurrir. Ellos sabían que la raza que lograse sobrevivir a los efectos radiactivos de una guerra atómica, sería una raza de salvajes como los que nosotros hemos visto —dijo Berlacher —. Algún día quizá, esos salvajes empezarán a evolucionar y civilizarse. Es posible que ellos se crean los primeros habitantes del planeta. Hasta que un día, por casualidad, tal vez descubran este sótano y queden admirados de saber que otra brillante civilización precedió a la suya. Tal vez el hallazgo de este museo les ahorre tiempo y balbuceos en la búsqueda de nuevos inventos. Y tal vez la Historia que lean en estos libros les sirva de ejemplar lección para evitar el desastre que exterminó esta

civilización. Esa y no otra cosa creo que se propusieron los hombres que levantaron este monumento funerario a su mundo agonizante.

Hollinger inclinó su cabeza pensativo y Worsley agitó su calva cabeza asintiendo profunda y gravemente.

Arnett Wilburton, de pronto, dejó escapar una ronca exclamación de sorpresa.

—¡Miren! ¡Miren lo que he encontrado aquí!

Los tres hombres se volvieron sobresaltados. En un extremo de la mesa, Arnett tenía su mano sobre un montón de periódicos bajo la luz de su linterna.

Sigurd Flagg, el primero en llegar junto a la chica, enfocó su linterna también sobre el periódico que estaba encima del montón y leyó los grandes titulares que llenaban toda la primera página.

—"MAÑANA, EL APOCALIPSIS" —se interrumpió antes de leer el siguiente titular en letra algo más pequeña —: "Cuando el planeta errante Talión entre en colisión con el Sol a las 9'35 p. m."

—¿Cómo ha dicho usted? —gritó Berlacher roncamente. Apartó a Sigurd de un empujón, arrojó el haz de luz de su linterna sobre el periódico y pasó rápidamente sus ojos sobre el enorme titular —. ¡Dios mío! ¿Fue entonces una colisión cósmica lo que provocó el fin del mundo?

—¿Cuándo ocurrió eso? —interrogó Hollinger.

Sigurd miró la fecha del diario.

—En trece de diciembre de dos mil veintidós.

—El mismo año en que fue clausurado este sótano —murmuró el doctor Worsley.

Un silencio agorero cayó sobre el pequeño grupo. Berlacher dijo volviéndose hacia Arnett:

—Usted acertó en el enigma, señorita Wilburton. Hemos vuelto al mundo... DESPUÉS DEL APOCALIPSIS.

.

CAPITULO VII.

.

Un rápido vistazo a los periódicos bastó a los expedicionarios para compilar una historia breve de lo ocurrido.

La guerra en que se emplearon bombas nucleares, contra toda previsión pesimista, no acabó con el mundo. Se produjeron millones de bajas, las mayores ciudades de la Tierra fueron asoladas, y la contaminación radiactiva de la atmósfera y las aguas de los mares causaron el envenenamiento de otros muchos seres que habitaban en zonas alejadas del teatro de la guerra, arrastrando como secuela el brote de muchas y horripilantes enfermedades.

Con todo, y a pesar de esto, el mundo contaba con razonables probabilidades de sobrevivir a aquella ruina, cuando una nueva

amenaza apareció en el cielo de la Tierra.

Un planeta errante, procedente de solo Dios sabía qué remotos rincones del Universo, venía a introducirse violentamente en el sistema solar, amenazando estrellarse contra el Sol. Esta amenaza fue comprobada más tarde por la Astronomía. Los científicos, después de observar la trayectoria del vagabundo, determinaron no sólo que entraría en colisión con el Sol, sino que fijaron con toda exactitud el día y momento en que tendría lugar la catástrofe.

Se esperaba que el globo solar explotara como una gigantesca bomba. Una espantosa ola de calor envolvería la tierra, abrasando cuanto sobre ella existía. Los océanos se disiparían en enormes nubes de vapor, y la Tierra, por último, sería lanzada como una pelota fuera de su órbita. Si el colosal Júpiter no la atraía hacia sí, en el mejor de los casos la Tierra proseguiría su fuga y, como una piedra que sale despedida de la honda de un pastor, se adentraría en el espacio convertida a su vez en un planeta errante como el fatídico "Talión". Una noche eterna envolvería al mundo así se alejase de la gigantesca nube gaseosa en que por último se desvanecería el Sol. En el frío aterrador del espacio cósmico, las nubes de vapor que envolvían a la Tierra se condensarían dando lugar a un segundo Diluvio Universal. Luego, la noche sería el único compañero de la Tierra en su largo viaje hacia la Eternidad...

—¡Pero nosotros sabemos que no ocurrió así! —exclamó Hollinger después que el profesor Berlacher dio fin a la lectura del diario en que se pintaba con sombríos colores el futuro de la Tierra —. Nosotros hemos sobrevivido a ese Apocalipsis y podemos dar fe de que el Sol, al menos, no saltó en pedazos, ni la Tierra fue despedida de su órbita para emprender un solitario viaje de milenios a través de la oscuridad del Cosmos.

—Pero de todos modos el Apocalipsis tuvo lugar —apuntó Arnett Wilburton con tenacidad —. Todo cuanto había sobre la Tierra ardería, hasta la última brizna de hierba. Luego, más tarde, vendría el segundo Diluvio anegando el mundo entero. El Mundo acabó en aquel día, y todo lo que subsiste ahora es producto de la casualidad. Eso es lo que ocurrió, Harmon... El Apocalipsis vino como estaba anunciado... pero nosotros no estábamos en el mundo para ser exterminados con el resto de la Humanidad,... ¡Dios mío, Harmon! ¿Sabes lo que eso significa? ¡Nosotros nos quedamos fuera del Juicio Final!

—¿Qué estupideces estás diciendo, loca? —gritó Hollinger.

—¡Era justo que ocurriese así... pues habíamos contravenido las leyes de Dios sobre la duración de la vida en este Mundo! —Chilló la señorita Wilburton histéricamente —. Nosotros no estábamos vivos para morir ni muertos para ser juzgados. Dormíamos estúpidamente

convertidos en estatuas de hielo… esperando que pasasen los siglos… ¡Y el tiempo pasó y Dios juzgó a la Humanidad, pero no a nosotros que no figurábamos en su lista ni por vivos ni por muertos!

—Bueno, mucho mejor —rezongó Hollinger frunciendo el —ceño.

—Desdichado —gritó la señorita Wilburton —. ¿Sabes siquiera lo que estás diciendo? ¿Te das cuenta que por salvar tu miserable vida has condenado tu alma y perdido la Eternidad? ¡Estás loco, Harmon! ¡Loco, loco, loco!

Las últimas palabras de Arnett fueron chillidos histéricos y sollozos. Hollinger levantó la mano y le cruzó la cara de un brutal revés.

El golpe tiró a la chica contra los estantes, de donde cayó al suelo.

Sigurd brincó hacia adelante.

— ¡Hollinger, cobarde! —gritó —. ¿Por qué le pega a ella?

—Porque ha enloquecido y tengo que hacerla volver en sí.

—No. Ella no ha enloquecido. Pero usted sí está loco, Harmon. Y ya es hora también que alguien le sacuda fuerte y le haga despertar a la realidad.

Sigurd disparó su puño contra la barbilla de Hollinger. Tanto tiempo había deseado Sigurd hacer esto, y con tanta fuerza golpeó al neurótico millonario, que éste fue levantado un pie del suelo y tirado por el aire contra el rincón donde se exhibía uno de aquellos esqueletos humanos montados en alambre.

El terrible impacto de Hollinger desarmó completamente el esqueleto. Hollinger rodó en mitad de los huesos desparramados, quedando unos instantes semiinconsciente mientras Flagg iba a levantar a Arnett y se esforzaba en consolarla.

—Procure serenarse, Arnett —le dijo Sigurd acariciándole las manos como a una niña —. Es cierto que incurrimos en un grave error, pero todas las recriminaciones que nos hagamos no bastarán para enderezar el yerro. Eso es lo que debe tratar de comprender.

—Tengo miedo, Flagg —sollozó ella temblando —. ¡Me aterra pensar que ni siquiera quede un lugar para nosotros en la Eternidad!

En este momento, recobrándose lleno de ira, Hollinger se incorporaba desenfundando su gran pistola automática.

—¡Hollinger! ¿Está loco? —gritó Berlacher corriendo a sujetar el brazo del neurótico.

—¡Le mataré! —rugió Hollinger.

El tiro salió de la pistola hacia un lado… Worsley lanzó un grito y se llevó las manos al vientre..

—¿Qué ha hecho, desgraciado? —exclamó Berlacher, viendo aterrado cómo el doctor Worsley se encogía sobre sí mismo y caía al

suelo exhalando un gemido de dolor.

El propio Hollinger quedó tan aterrado como Berlacher, que soltándole corrió a inclinarse sobre Worsley. Sigurd corrió también hacia el herido y Arnett lanzó un grito y se cubrió el rostro con las manos rompiendo a llorar.

Worsley había recibido el balazo en el vientre. Era una herida muy dolorosa — y mortal por necesidad, sobre todo no habiendo allí ningún cirujano para atenderle rápidamente.

French Joy bajó al subterráneo atraído por el disparo.

—¡Caramba! —exclamó Joy inclinándose para ver el ensangrentado abdomen de Worsley que descubría Berlacher —. El doctor va listo. ¿Quién le ha matado?

Berlacher levantó primero los ojos para descargar sobre el pistolero la electricidad de sus ojos. Luego miró acusadoramente a Hollinger.

—¿Fue usted, jefe?

—¡Maldita sea, yo no quería matarle! —aulló Hollinger —. ¡Usted tiene la culpa, Berlacher!

Worsley levantó una mano imponiendo silencio. Suspiró:

—No importa quien haya sido... Por favor, amigos... que la camaradería no falle entre ustedes por lo que acaba de ocurrir. Unos a otros se necesitarán en el futuro... Yo soy viejo. He vivido lo suficiente para ver por mí mismo el grave error que cometí... —se interrumpió acometido de un acceso de dolor. Lívido por el esfuerzo continuó después mirando a Arnett:

—Sólo me inquieta... el destino que pueda llevar mi alma. Arnett, usted... tiene que haberse equivocado. No es posible que un alma no tenga a dónde ir cuando se separa de su cuerpo. Dios se apiadará de nosotros... juzgándonos aparte por nuestras culpas... si no lo hizo cuando juzgó a toda la Humanidad.

Un nuevo acceso de dolor impidió continuar a Worsley.

Berlacher dijo a Sigurd: —Corra al aparato y traiga el botiquín, Flagg.

Y ojalá la morfina que tenemos allí no haya perdido sus efectos calmantes.

—¡No, él que no vaya! —se opuso Hollinger mirando a Sigurd con aborrecimiento —. Joy, sube tú y tráete el botiquín.

French Joy salió alumbrándose con su linterna. Como de costumbre iba refunfuñando. Joy, cuyo alias expresaba todo lo contrario de lo que era su carácter, siempre estaba refunfuñando.

French había cruzado ya el vestíbulo y salido por la pesada puerta acorazada cuando creyó oír arriba un alarido salvaje: Una subametralladora desgranó algunos disparos rápidos, interrumpidos de pronto por un espeluznante grito de agonía.

Agarrando su metralleta French Joy subió corriendo la escalera de caracol…

Una figura grotesca ocupaba todo el recuadro de la puerta.

—¡Skinner! —llamó Joy. Y echó el haz de su linterna sobre el otro.

Una cara horrible, cubierta de ásperas cerdas abrió sus fauces dejando oír un rugido de fiera. Joy tiró del disparador de su arma, pero aquella maldita munición pasada de vieja no detonó.

Y Joy no tuvo una nueva oportunidad de hacer otro intento.

La jabalina del salvaje avanzó atravesando de parte a parte el pecho de French Joy.

El alarido de Joy llegó como un taladro hasta los que estaban en el sótano inclinados alrededor del doctor Worsley. Sigurd se puso en pie de un salto y salió llevando en la mano su revólver.

Alguien o algo bajaba rodando con estruendo por la escalera y quedó atravesado en la puerta acorazada. La linterna de Sigurd alumbró el desencajado rostro de French Joy, cuyos ojos estaban espantosamente abiertos, vidriosos y fijos.

Hollinger vino desde el sótano y arrojó también la luz de su linterna sobre el cadáver de su fiel guardaespaldas.

—¡Joy! —exclamó roncamente.

—Los salvajes debieron sorprender a Skinner mientras estaba solo arriba y mataron a French en la escalera —dijo Sigurd. Impuso silencio a Hollinger con un gesto —. Escuche, alguien baja la escalera.

En efecto se escuchaba un débil ruido como de roce de pies desnudos en los escalones de granito.

—Apague la linterna —dijo Sigurd. Y apagó la suya.

Hollinger apagó también, quedando ambos sumidos en la oscuridad. El roce de pies descalzos se escuchaba ahora con mayor claridad. En alguna parte de la escalera, la contera de una lanza pegó contra el granito con ruido.

—¡Están bajando, Flagg! —gimió la voz de Hollinger en la oscuridad del vestíbulo —. ¿Qué haremos ahora?

—¡Cállese!

Una ínfima dosis de dignidad retuvo al parecer a Hollinger junto a la puerta, cuando su miedo le impulsaba a correr y encerrarse en la biblioteca.

Rumor de pies, golpes contra los sillares de granito y respiraciones jadeantes, indicaron a Sigurd que los salvajes estaban allí mismo. Levantó el percusor de su revólver y preparó la linterna.

—¡Ahora, Hollinger!

El chorro de luz de la linterna cayó tan de sorpresa sobre el salvaje que venía delante, que éste retrocedió pegando un respingo. Sigurd disparó a boca jarro contra aquella informe masa peluda. El

salvaje lanzó un aullido terrorífico y cayó hacia adelante sobre el cadáver de French que estaba atravesado ante la puerta.

Hollinger disparó una corta ráfaga de ametralladora contra los salvajes que venían detrás. Una gigantesca mole recubierta de pelos rodó mientras el resto de la horda se retiraba apresuradamente.

—Vamos tras ellos, Hollinger —dijo Sigurd al millonario —. Hemos de recobrar el trineo, o esos salvajes lo destrozarán.

Sin esperar a Hollinger, Sigurd saltó sobre el informe montón que formaban los cadáveres de French y del salvaje, pasó pisoteando el segundo salvaje muerto por Hollinger y se lanzó en persecución de la horda.

Hizo dos disparos al aire para estimular el terror de los que huían, y casi pisando los talones del último monstruo alcanzó la puerta de acero donde otro cadáver obstruía el paso.

Un balazo de Sigurd, alcanzando en la peluda espalda a uno de los salvajes, echó a éste rodando por los altos escalones de granito al pie del monolito. Sigurd no llevaba consigo más arma que el revólver, y éste debía estar descargado o casi descargado.

—¡Arriba, Hollinger, dése prisa! — —llamó mientras abría el cilindro del “Colt” y renovaba la carga de cartuchos.

Hollinger llegó con su metralleta.

—Hágalos correr —le dijo Sigurd apartándose.

El millonario hizo tabletear su ametralladora. Los salvajes corrían a la desbandada por el ancho patio enlosado y dos de ellos rodaron antes de alcanzar la espesura de la selva en donde pronto desaparecieron todos los demás.

Hollinger y Sigurd salieron por la puerta, encontrando el cadáver de Skinner atravesado de parte a parte por dos lanzados, tendido en el segundo escalón.

—Vamos al trineo. Desde allí nos defenderemos mejor —dijo Sigurd. Se inclinó y recogió la subametralladora. Luego bajó a saltos los escalones y salvó a la carrera la corta distancia que los separaba del trineo.

—va —.

Hollinger vino corriendo también y se coló en el trineo dejándose caer suspirando en un asiento.

—¿Estaremos seguros aquí? —preguntó.

—Los cristales son a prueba de bala. Espero que sean a prueba de armas arrojadizas también —contestó Sigurd registrando con la mirada los confines del patio. Luego observó —. Se está poniendo el Sol. Nuestra posición puede hacerse muy incómoda aquí después que oscurezca. Estaríamos mejor en el centro del río. Berlacher y la señorita Wilburton deberían darse prisa en salir, si es que el doctor ya ha expirado.

Los dos hombres guardaron silencio mientras esperaban. Sigurd, impaciente, dijo:

—Vaya a llamarles, Hollinger. Y no se olvide de cerrar la puerta acorazada al salir.

Harmon Hollinger se mordió los labios con fuerza.

—¿Debo ir yo?

—Sí, usted —repuso Sigurd secamente. Era curioso cómo se habían trocado los papeles, aunque ninguno de los dos parecía darse cuenta. Sigurd Flagg era ahora quien daba las órdenes, y Hollinger quien le obedecía. Toda la autoridad despótica del neurótico millonario parecía haberse esfumado al perder los pilares sostenes de su fuerza, esto es; después de la dramática muerte de French y Skinner.

Hollinger saltó a tierra llevando su metralleta y cruzó el patio hacia el monolito. Desde el trineo, Sigurd le estuvo observando por la abierta portezuela mientras ascendía trabajosamente los tres grandes escalones de sillares.

Cuando Hollinger acababa de alcanzar el último escalón, un monstruoso ser enteramente cubierto de pelo apareció gateando por el escalón inmediato. Al avanzar, el salvaje arrastraba consigo una lanza. De pronto, el salvaje se enderezó de un brinco prodigioso y enarboló su lanza. Sigurd, desde el trineo, apuntó rápidamente al horripilante ser y disparó la metralleta.

El salvaje pegó un brinco al recibir el balazo en el costado y cayó rodando por los escalones.

Hollinger se volvió en la puerta de acero enfilando su ametralladora contra Sigurd. Pero vio a tiempo el salvaje que rodaba hasta las losas del patio, y se contuvo. Miró del cadáver del monstruo a Sigurd y frunció los labios.

—¡Adelante, Hollinger! —le dijo Sigurd —. No se entretenga.

El millonario bajó el cañón del arma, giró sobre sus talones y desapareció en el interior del monolito. Sigurd se apeó y con la metralleta apercibida dio una vuelta alrededor del monolito para asegurarse de que no quedaba nadie más escondido..

Dio una vuelta completa alrededor del pedestal sin encontrar a nadie y se detuvo para examinar el extraordinario ser que estuvo a punto, de atravesar a Hollinger por la espalda.

Fuese hombre, bestia, o un grado intermedio entre ser humano y animal, aquel ser poseía una inteligencia rudimentaria. La punta metálica de su lanza y la pesada hacha que le colgaba de un cinturón de fibras vegetales entretejidas, estaban trabajadas toscamente. Así, pues, los hombres primitivos que poblaban la Tierra, conocían el uso de los metales y la forma de trabajarlos.

El cuerpo deforme, gigantesco, estaba enteramente cubierto de

largas y aceitosas cerdas desde la grotesca cabeza a los pies. Los ojos apenas asomaban entre aquella maraña de pelos, el lugar correspondiente a la boca era una cavernosidad en la que brillaba el marfil de unos potentes colmillos. El salvaje estaba enteramente desnudo, si es que podía calificarse de desnudez la falta de un taparrabos que bien suplía su larga pelambrera.

Cualquiera que fuese el grado de cultura de aquellas criaturas, sus costumbres estaban de seguro reñidas con la higiene. La porquería adherida a los largos pelos del sujeto y el hedor a cuadra que expelía, indicaban bien a las claras su aversión al agua.

Mientras Sigurd examinaba el cadáver, sentía sobre sí el peso de unos ojos invisibles que le observaban desde la espesura del bosque. El patio era demasiado amplio para que una jabalina arrojada desde las espesuras pudiese alcanzar el pie del monolito y, por otra parte, cualquier ataque que hubiese venido a través del patio, hubiese sido fácilmente rechazado por las automáticas de los expedicionarios.

Esto último, desde luego, contando que hubiesen bastantes armas para detener una horda numerosa de caníbales.

Sigurd, receloso, empezaba a impacientarse por la tardanza de Hollinger en regresar con Arnett y Berlacher cuando oyó voces y ruido en el hueco del monolito. Hollinger apareció por fin seguido de la señorita Wilburton y el Profesor Berlacher.

—¿Worsley? —preguntó Sigurd.

—Estuvimos a su lado hasta que expiró — dijo Berlacher visiblemente afectado.

—¿Cerraron las puertas de abajo?

—No. No pensamos en ello. Pero Volveré y las cerraré —dijo Berlacher.

—Vayan hacia el trineo —dijo Sigurd arrojando una mirada furiosa sobre Hollinger —. Yo mismo bajaré y las cerraré. Déme su linterna.

Sigurd tomó la linterna del profesor y entró en el monolito. Bajó por la escalera de caracol. Los cuerpos de French Joy y de los dos salvajes muertos en la escaramuza del sótano obstruían el paso y formaban a modo de un: cuña que impedía pudiese cerrarse la puerta.

Sigurd pasó sobre los cadáveres y cerró primero las tres puertas de los sótanos. Luego apartó los cadáveres, encontrando particularmente pesados los de los salvajes. Tuvo que hacer un montón con ellos y cerrar la puerta en el escaso espacio que quedaba. Sigurd se dio cuenta entonces que French todavía tenía su pistola en el cinturón.

Se la quitó, la introdujo en su propio cinturón y recogió la metralleta. Cuando subía por la escalera oyó el zumbido del trineo aéreo en la intensidad característica de éste cuando se disponía a

elevarse.

¿Iban a marcharse dejándolo abandonado en esta fría tumba?

Sigurd acabó de subir la escalera y se precipitó fuera. No se había equivocado. El trineo aéreo se elevaba rugiendo... ¡y Harmon Hollinger estaba a los mandos del aparato!

.

CAPITULO VIII.

.

Abrumado por la idea de que, directa o indirectamente, él había sido culpable de la muerte de Worsley, Berlacher se había dejado caer desmadejado en el primer asiento que halló inmediato a la portezuela. Hollinger, mientras tanto, iba a ocupar el sillón del piloto y empuñaba los mandos.

Cuando el motor zumbó, Arnett Wilburton dijo desde el asiento de atrás:

—¿Harmon, qué haces?

—Yo sé bien lo que hago —repuso Hollinger mientras subía increscendo el rugido del motor.

—¡Dios mío! ¿No irás a dejar a Flagg en tierra? —gritó la chica.

—¿Por qué no? El haría eso conmigo si pudiera. Está enamorado de ti, Arnett. ¿No recuerdas cuándo lo confesó, el muy estúpido, momentos antes que el profesor Worsley se durmiera el primero?

—¡Harmon, tú estás loco!

—He acabado por admitir como vosotros que este mundo está enteramente deshabitado —continuó Hollinger excitadamente —. Pues bien, en la nueva vida que vamos a comenzar, sólo hay sitio para un Adán. Este será el comienzo de la nueva historia que va a desarrollarse sobre este planeta, y en esa historia no admito competencias. A ti te gusta Flagg, lo sé. Lo prefieres a mí ahora... porque ya mi oro carece de valor en este mundo primitivo. Pero tú emprendiste esta aventura conmigo, y sólo conmigo la terminarás.

—¡Harmon, detén el aparato! —chilló Arnett agudamente notando que la máquina se separaba del suelo.

Hollinger soltó una carcajada frenética, y el sonido de esta risa de loco fue lo que hizo estremecer a Berlacher arrancándole de su estado de estupor.

—¡Hollinger, insensato! —gritó el científico —. ¿Qué hace usted?

—¡Quiere dejar abandonado a Flagg! —chilló Arnett —. ¡Impídalo, señor Berlacher!

—¡Detenga el aparato, Hollinger! —rugió Berlacher con la faz lívida de furor —. ¡Deténgalo, miserable, cobarde!

Berlacher se incorporó echando mano a la pistola que llevaba en la funda. Empezó a moverse por el angosto pasillo entre los asientos hacia la parte delantera de la cabina. Gritó:

—¡Vuelva atrás, Hollinger… o por Dios que le salto la tapa de los sesos!

Hollinger se volvió. Con una mano sostenía la palanca de gobierno y la otra empuñaba su automática de grueso calibre.

Aunque dominado por la rabia, Berlacher no era, sin embargo, capaz de realizar su amenaza. Pero Hollinger sí lo fue. Disparó, y su balazo le entró a Berlacher por la frente haciendo saltar los sesos de éste contra el techo y los cristales de la cabina.

Berlacher cayó entre los asientos y Arnett lanzó un terrible chillido de horror. Apartó sus ojos de la ensangrentada y destrozada cabeza de Berlacher, siendo entonces cuando vio a Sigurd Flagg que acababa de aparecer en la puertecilla del monolito y bajaba a saltos los escalones de la base del monumento.

La conciencia de que iba secuestrada, a solas con un loco irresponsable, despertó de pronto en Arnett Wilburton y pudo más que su horror y su miedo. En la mano de Berlacher estaba todavía la pistola que el hombre no llegó a utilizar. Arnett se inclinó y la cogió de los engarfiados dedos del cadáver.

El trineo había empezado a moverse. Arnett, al incorporarse, vio cómo quedaba atrás el blanco monolito. Sigurd Flagg venía corriendo en persecución del aparato.

Arnett empuñó la pistola con ambas manos y encañonó a Hollinger.

—detén el aparato, Harmon. ¡Detente o disparo!

Hollinger volvió la cabeza. Su faz se demudó.

—¡Suelta esa pistola, loca! —chilló.

—¡Vuelve atrás!

—¿Por Flagg? ¡Ni pensarlo! Antes me dejaría matar.

Hollinger volvió a coger la pistola que había dejado sobre el asiento. Arnett disparó y cerró los ojos.

Una brusca inclinación del trineo lanzó a la muchacha hacia adelante. Abrió los ojos lanzando un grito. Hollinger había caído contra el cuadro y al empujar la palanca de gobierno hacía que la máquina cayese hacia el suelo. Arnett vio avanzar contra la carlinga los árboles de la selva. Cerró de nuevo los ojos en el momento de producirse el choque. La máquina crujió, hubo un estruendo de ramas rotas y cosas que se salían de su sitio en los estantes…

Sigurd Flagg apretó aún más la carrera, cruzando el patio hacia el extremo donde el trineo aéreo había caído entre las espesuras.

Una enorme maraña de ramas tronchadas, lianas y arbustos, envolvía la máquina y casi hacía imposible el paso hasta la portezuela

que estando abierta cuando el trineo cayó, había sido arrancada de cuajo y arrojada lejos del aparato.

—Arnett! —llamó angustiado —. ¡Berlacher!

El sol acababa de ocultarse en este momento tras el horizonte y una oscuridad súbita caía sobre la tierra como si una masa invisible y opaca fuese tomando cuerpo, condensándose alrededor de cada objeto. En este momento también Sigurd alcanzaba con esfuerzo la portezuela de la máquina y asomaba a la cabina.

Vio a Arnett sollozando en un rincón, y al profesor Berlacher tumbado entre los asientos con la cabeza destrozada. No vio a Hollinger, y en este instante ni siquiera se acordó de él.

—¡Arnett! —llamó entrando en la cabina.

La muchacha apartó las manos de su cara, le miró y lanzó un grito. Corrió hacia él. Se encontraron y cayeron uno en brazos de otro, justamente encima del cuerpo ensangrentado de Berlacher. La chica rompió a llorar histéricamente, clavándole sus afiladas uñas en el cuello;

—¡Quería abandonarte, Sigurd! ¡Y tuve que matarle! ¡Yo no quería hacerlo! ¡Yo no quería! —gritó.

—¿Tuviste que matar, Arnett? —inquirió Sigurd apartándola de sí para sacudirla por los hombros —. ¡Arnett, responde!

—A Hollinger —hipó la muchacha —. Mató a Berlacher cuando este intentaba obligarle a volver atrás... ¡y yo tuve que matarle luego a él!

Sigurd apartó a la chica. Se asomó al asiento. Allí estaba Hollinger con todo el parietal izquierdo destrozado por el balazo que le causó instantánea muerte. Sigurd alargó la mano hasta el cuadro, encendió la luz de la cabina y volvió a mirar largamente a Hollinger. Arnett sollozaba a sus espaldas y Sigurd se volvió para consolarla...

Una peluda y gigantesca figura se introducía cautelosamente por la portezuela a espaldas de Arnett.

—¡Échate a un lado, Arnett! —gritó agudamente.

La chica le miró, chilló espantada y se tiró sobre los asientos. Sigurd empuñó la pistola de French que llevaba en el cinturón y disparó contra el salvaje cuando éste se enderezaba enarbolando su hacha.

Un alarido gutural escapó de la garganta del salvaje cuando éste caía de bruces.

Sigurd recogió la metralleta que estaba sobre el asiento, la tendió a Arnett y dijo:

—No dejes entrar a nadie por esa puerta mientras yo procuro poner en marcha el aparato —. La muchacha no daba señales de reaccionar y Sigurd hubo de gritarle —: ¡Despierta, Arnett! Es nuestra vida la que está en juego, debes procurar comprender eso.

Arnett tomó la ametralladora y se dejó caer en uno de los asientos inmediatos a la puerta. Sigurd la contempló un instante, sacudió la cabeza y se alejó hacia la parte delantera de la cabina.

Tuvo que hacer un considerable esfuerzo para sacar a Hollinger, que estaba atascado entre el asiento y las palancas de gobierno. Luego tomó los mandos y comprobó las esferas indicadoras del tablero. El motor seguía funcionando, aunque tenía serias dudas acerca del estado en que pudiera haber quedado la hélice y los conductos de aire de la parte inferior plana de la máquina.

— ¡Sigurd! ¡Sigurd! —llamó Arnett con voz aguda. Y la ametralladora tableteó.

Sigurd volvióse sobresaltado, viendo unas fauces horribles pegadas al cristal lateral de la cabina. Ante Arnett, con la parte inferior del cuerpo fuera del trineo, se agitaba uno de los atacantes mortalmente herido.

—¡Ten los a raya, Arnett! —gritó Sigurd —. ¡Por favor, hazlo por unos minutos mientras trato de poner en marcha el aparato!

La pobre muchacha asintió levemente. Estaba demudada y sus ojos no podían apartarse de la criatura que a sus pies se estremecía convulsamente.

Sigurd empujó la palanca del embrague. La máquina respondió con un suave tirón hacia arriba. Sin embargo, algunas ramas se habían incrustado en la plancha del fondo y lo tenían sujeto. Sigurd puso al máximo el regulador. El motor rugió, la máquina tiró bruscamente hacia arriba y atrás, y de pronto se soltó entré fuertes chasquidos y desgarrar de planchas metálicas.

Cómo logró salir de aquel atolladero era cosa que Sigurd quizás no lograría comprender jamás. Vio de pronto que los focos iluminaban ante él las losas del patio, y suspiró. Volvióse en el asiento.

En aquel momento, la monstruosa criatura que colgaba de la portezuela, se deslizaba lentamente y caía al vacío arrastrada por su propio peso. Arnett estalló en un sollozo y se echó de bruces en el asiento cubriéndose el rostro.

Sigurd suspiró. Lo peor había pasado. Llevó la máquina sobre el río, viró y enderezó el rumbo corriente abajo. Iban muy despacio y Sigurd no estimó necesario correr más. Desde que un día volvieron a la vida en Utah, todo el afán de la expedición había consistido en devorar distancias sin un momento de descanso.

Hoy por primera vez, Sigurd estaba libre de aquellas malditas prisas. No tenían donde ir, ésta era la espantosa y deprimente realidad. ¿Por qué apresurarse en llegar a ninguna parte?

Retrepándose en el asiento, Sigurd Flagg dejó transcurrir un tiempo razonable. Luego llamó suavemente a Arnett.

—¿Puedes venir?

La muchacha vino cogiéndose al respaldo de los asientos.

—¿No podrías echar de aquí ese horrible hombre? —preguntó suspirando.

—Lo haré si tú sostienes los mandos por un momento —dijo Sigurd.

La chica pasó al asiento delantero, Sigurd le cedió los mandos y salió del rincón. Arrastró primero el cadáver del salvaje y lo arrojó por la portezuela al río. Luego arrastró también a Berlacher hasta la puerta, pero antes de precipitarle al agua rezó entre dientes una oración por él.

Sacó por último el cadáver de Hollinger.

Cuando la cabina estuvo desembarazada de muertos, Sigurd volvió al lado de Arnett y tomó los mandos.

Durante largo rato volaron en silencio, fijos los ojos en los reflejos metálicos que los faros del trineo arrancaban de las oscuras aguas.

—Sigurd —dijo Arnett —. ¿Dónde iremos ahora?

El se tomó tiempo para contestar:

—Tenemos un buen aparato, capaz de volar por tiempo casi ilimitado y dar la vuelta al planeta. Podríamos hacerlo, pero yo considero que toda nueva búsqueda de seres humanos es inútil. Estamos solos en el mundo, Arnett, he aquí la realidad. Solos tú y yo. Yo creo que nada es tan importante por ahora como imbuirnos de esta idea y acostumbrarnos a ella. Luego nos queda el recurso de volver a Utah en busca de herramientas adecuadas, buscar un paraje tranquilo donde no existan salvajes ni alimañas… y tratar de emular la hazaña de los antiguos robinsones. —Se interrumpió, preguntando después de un silencio:

—Arnett ¿te asusta mucho la idea de estar sola en el mundo?

—No estoy sola —dijo ella —sino contigo.

Sigurd la rodeó con un brazo atrayéndola hacia sí. Ella levantó su pálido rostro y Sigurd la besó en los labios.

—¿Dónde vamos ahora? —suspiró Arnett reposando su cabecita en el hueco del hombro de él.

—Creo que vamos a ir a Nueva York.

—¿Por qué a Nueva York? —preguntó la chica apartándose de él para mirarle de frente.

—¿No tenemos verdadera prisa, verdad? Bueno, pues. Hollinger cifraba todas sus esperanzas en alcanzar el solar de nuestro antiguo Nueva York. Y lo ansiaba de una manera tan vehemente que muchas veces me hizo pensar si no sería una especie de presentimiento aquello que con tal fuerza le empujaba hacia allá.

—¿Pero tú?…

—Por supuesto, estoy seguro de no encontrar nada en Nueva

York. Sin embargo iremos allí. Los dos hemos vivido en aquella ciudad. Será desolador ver en qué ha quedado la ciudad más dinámica del mundo, pero iremos... y de este modo habremos cumplido la última voluntad de Hollinger. Después de todo, sólo estamos a un centenar de kilómetros de allí. Y no nos urge volver inmediatamente a Utah. ¿No es así? Arnett Wilburton volvió a reclinar su dorada cabecita en el hombro masculino. Suspiró. Poco después se había dormido.

.

EPILOGO.

.

Teniendo que esperar toda la noche para cruzar la selva virgen hasta el antiguo emplazamiento de Nueva York, Sigurd optó por emplear la noche en contornear la costa de Nueva Jersey, primero hacia el sur, y luego hacia el norte hasta la bahía de Nueva York, a donde esperaba llegar al filo del amanecer.

Aunque no pegó ojo en toda la noche —lo cual tampoco hubiera podido hacer en el caso de detenerse en algún lugar desconocido a esperar él día —Sigurd Flagg se hallaba descansando al apuntar el sol en la línea del horizonte. Cinco horas de silencio, de calma y de madurar bien sus ideas, habían conducido a Sigurd a un estado de ánimo que era lo que más se acercaba a la paz del espíritu.

Al irrumpir el sol en el espacio con aquella su acostumbrada explosión de luz y su meteórico ascenso hacia el cénit, Sigurd miró a su alrededor tratando de identificar el lugar donde se hallaba.

—¿Es esto Nueva York? —preguntó Arnett, todavía adormilada.

—Si la tierra que se extiende a nuestra derecha es Long Island, entonces estamos en la bahía exterior del puerto de Nueva York.

El trineo avanzaba sobre, el mar, y a medida que avanzaba se iba abriendo ante los ojos de los viajeros la perspectiva de una bahía circundada de costas pobladas de espesa vegetación.

—Esto es Nueva York, no cabe duda —dijo Sigurd al cabo de un rato —. Esa punta de tierra a la izquierda fue Nueva Jersey. Allí a la derecha estaba el populoso barrio de Brooklyn. Mira, aquella fue la isla de Gobernors... ¡Fíjate, Arnett! ¡Todavía queda en pie el pedestal de la estatua de la libertad!

Arnett Wilburton no contestó. Sigurd se volvió hacia ella, y la sorprendió llorando en silencio.

—¡Arnett, por Dios! Tenemos que acostumbrarnos a la idea que todo esto pertenece a un pasado remoto del cual ya no formamos parte...

—¡Si ya trato de acostumbrarme! Pero no es tan fácil cuando en los recuerdos de una no hace apenas unas semanas que todo esto estaba de distinta manera. ¡Sigurd, veámonos! No quiero ver más de Nueva York. ¡No quiero volver a ver los escombros de ninguna vieja ciudad del pasado!

El le acarició los cabellos. Involuntariamente, sus ojos se llenaban de lágrimas de melancolía, y el paisaje que veía a través de estas lágrimas parecía borroso como el paisaje que se ve a través del cristal de una ventana durante una tarde de lluvia...

Por unos minutos también, Sigurd se ausentó del presente. Y entonces comprendió que nunca, pese a todos sus esfuerzos, podrían

arrinconar ellos en el olvido el recuerdo de cómo era el mundo en su vida anterior. El espacio estaba lleno de luz, mas sin ser propicio a las visiones, Sigurd veía alzarse ante él en el extremo de Manhattan una bella ciudad de altos y elegantes edificios cubistas... no exactamente como era Nueva York en la página de sus recuerdos, pero poco más o menos parecido...

Una ciudad modernista, enteramente reconstruida sobre los viejos solares de los antiguos rascacielos de principios de siglo. Una ciudad hermosa, limpia, con amplias zonas verdes como no había sido la vieja y ruidosa y maloliente Nueva York de mitad del siglo XX... una ciudad diferente, y, sin embargo, no enteramente distinta, porque había algo en el ambiente de la ciudad que siempre perduraba, y este algo era su espíritu dinámico y emprendedor.

El trineo avanzaba sobre el agua hacia aquella rutilante ciudad centelleante bajo el sol, y la visión fantasma seguía allí sin desvanecerse... Sigurd pestañeó suspirando, sacudió la cabeza...

Sólo cuando miró de nuevo a través del parabrisas ante sí y vio que los edificios crecían de tamaño y altura, Sigurd temió por primera vez que no estaba viviendo una pesadilla, sino una asombrosa, increíble y anonadora realidad.

Sacudió brutalmente a Arnett.

—¡Arnett, mira! ¿Ves tú lo mismo que yo?

Sigurd veía ahora además de los edificios unas extrañas naves ancladas a los muelles... Naves que parecían submarinos, de siluetas esbeltas, con seres humanos moviéndose sobre sus angostas cubiertas. ¿Era posible todo aquello?

—¡Sigurd! ¿Qué es eso? —gritó Arnett —. ¡La ciudad existe! ¡Nueva York no fue destruida como lo demás!

Bañado en sudor frío, aturdido y como flotando en una nube de vapores, Sigurd se aferró a los mandos apartándose ligeramente para no chocar con uno de aquellos fantásticos navíos amarrados a los muelles.

Allí, ante ellos, estaba el antiguo parque de la Batería.

El trineo pasó zumbando a través del muelle donde el público levantaba hacia ellos sus cabezas, se detuvo y se posó sobre el verde césped del parque.

Unos hombres venían corriendo hacia el aparato. Sigurd dijo:

—Yo debo estar loco o soñando...

Como dos idiotas salieron por la portezuela y se quedaron mirando abobados a los hombres que se acercaban. Uno de estos hombres les dijo algo en una lengua que ellos no entendieron. Luego se vieron rodeados... mirados... curioseados por aquella gente extraña, palpados e interrogados en un idioma incalificable...

—Lo siento —repetía Sigurd abriendo y cerrando sus ojos —.

Lo siento mucho, no les entiendo...

Un individuo alto que vestía una especie de "mono" amarillo se acercó, dio una vuelta alrededor de la pareja examinándolos con suma curiosidad, puso una mano amistosamente en el hombro de Sigurd y habló en un deplorable inglés;

—¿Ustedes... quiénes ser?

—Mi nombre es Sigurd Flagg. Esta es la señorita Wilburton...

—¡Oh, yo no querrer desir eso! Yo desir ¿usted quiénes ser? ¿De dónde venirr ustedes?

—Eso sería un poco largo de explicar —dijo Sigurd con apuros. Y añadió —: Pero trataré de hacérselo comprender en pocas palabras. Nosotros estuvimos durmiendo... congelados en un subterráneo... desde el año mil novecientos noventa. Sé que esto resultará difícil de creer pero...

—¡Oh, maravilloso! —exclamó el tipo del traje amarillo dando palmadas de alegría —. ¡Ustedes ser hombrres de la antigua Tierra! ¡Su aparrato serr idéntico a usados en prehistóricos tiempos! ¡Ustedes contarr su marravilosa histogia, perro no aquí... en otro lugarr!

—Oiga, amigo, veamos si nos entendemos —gruñó Sigurd empezando a sentirse amoscado —. Nosotros hemos dicho quienes somos. ¿Pero quiénes son ustedes? ¿Por qué no hablan como los cristianos? ¿Qué ha pasado aquí durante nuestra ausencia?

El hombre del traje amarillo habíase vuelto hacia el corro por momentos más numeroso que le rodeaba, y les hablaba en aquella maldita lengua de la que ni Sigurd ni Arnett lograban entender una palabra.

En los rostros de los curiosos se reflejó gran alegría y sorpresa. La excitación iba en aumento por momentos. El individuo aquel por fin volvió su atención hacia los forasteros.

—¿Ustedes no saberr qué ocurrir en Tierra... pasado año mil nuvicientos nuvinta? ¡Oh, oh! La Tierra escaparr de su órrbita después de colisión cósmica... siglos muchos de oscurridad y tinieblas... hielo cubrrirr mundo... perrecerr Humanigad. Nueva rraza serres irracionales subsustirr condiciones... ¡muy malas! Luego por fin... Tierra yegar viaje milenagio a este sistema solar... Tierra quedag presa órrbita de nuestrro sol... Hombrres de Jamung venig explorrarr Tierra... descubrrirr rrüinas ¡mucho antiguas! Científicos Jamung estudiar... estudiar... Yo serr investigadora, yo estudiarr lengua e costumbrres vija Humanigad terrrícola. Mucha sorrprresa encontrag terrrícolas vivos. ¡Oh, mucha sorrprresa! Usted venirr conmigo... Nosotrros buenos amigos... ¡mucho buenos amigos! ¡Venig... venig conmigo!

Todo el público amable se había sumado a las manifestaciones de agrado y simpatía de aquel estrambótico investigador. Sigurd y

Arnett se vieron empujados con fuerza irresistible hacia un extraño vehículo que se hallaba posado en el césped. Antes que pudieran comprender del todo los propósitos del hombre del traje amarillo, los dos estaban dentro de la cabina viendo tras los cristales los rostros sonrientes del público que les hacía señas amistosas.

El hombre tomó asiento ante los mandos y el aparato arrancó... ¡igual que un trineo aéreo!

Arnett Wilburton miró a su compañero y dijo con un hilo de voz:

—¡No entiendo nada, Sigurd!

Aunque el propio Sigurd nadaba en un mar de confusiones, tomó entre las suyas las yertas manos de la muchacha y trató de confortarla.

—Esto es increíble, Arnett, pero estamos entre semejantes nuestros... gentes amigas, educadas y amables... que casi nos consideran como un par de viejos fósiles vivientes.

—No siento temor de estas gentes tan amables, Sigurd. ¿Pero qué quiso decir este hombre con respecto a unos siglos de oscuridad y de hielo? ¿Le comprendiste tú?

—Sí, Arnett, creo que le comprendí. La teoría del profesor Berlacher era fundamentalmente cierta. Hubo una colisión cósmica entre el sol y un planeta errante. Nuestro viejo sol explotó, y la Tierra fue proyectada fuera de su órbita adentrándose en la soledad de los espacios infinitos. A medida que la Tierra se enfriaba, los vapores se condensaron y el planeta todo fue cubierto por los hielos. En estas condiciones espeluznantes, durante dos mil años o más, una nueva raza humana adaptada a las condiciones de vida reinantes en nuestro planeta, surgió en esos salvajes cubiertos de pelo que hemos visto... El pelo debió ser indispensable para que esas desdichadas criaturas pudiesen sobrevivir a tan bajas temperaturas. Naturalmente, se perdió el recuerdo de nuestra vieja civilización. Y luego, Arnett... lo más sorprendente de todo. La Tierra, en su milenario errar por los espacios ateridos, llegó a un nuevo sistema planetario y fue capturada por la fuerza gravitatoria de un nuevo sol. Ese es el sol verde que nos alumbra, Arnett. Y aquel globito azulado que creíamos una vez un satélite artificial y otra la Luna... ¡ese mundo es Jamung, el planeta de donde proceden nuestros salvadores!

—¿Entonces, Sigurd... estamos salvados? —Sí, Arnett. Esta raza de hombres parece que ha emprendido la colonización de la Tierra. Han encontrado los restos de nuestra vieja civilización, nos han estudiado a través de las ruinas de nuestras ciudades, y han profundizado tanto en esos estudios que incluso hay entre ellos quienes hablan a medias nuestra lengua. ¡No estamos solos en el Universo, Arnett! ¿Te das cuenta?

—Entonces, Sigurd… el Apocalipsis…

—El Apocalipsis hizo sonar las trompetas del Juicio final en nuestro viejo mundo. Pero este mundo de hoy es un mundo enteramente nuevo. Creo que Dios, pese a todo, nos ha perdonado nuestra rebeldía dándonos la oportunidad de sumarnos a otra Humanidad que también será juzgada en su día.

Arnett Wilburton suspiró, permaneció unos minutos silenciosa y luego preguntó:

—¿Me permites que llore con todas mis ganas, Sigurd?

—¿Cómo? ¡Oh! —él la rodeó con su brazos —. Por supuesto que puedes llorar, querida. Y yo voy a llorar también un poquito… con toda sinceridad… si tú me lo permites.

Apenas Sigurd Flagg había dicho esto, escondió su rostro en la cálida y suave mata dorada de los cabellos de Arnett, y estos cabellos se encargaron de enjugar su llanto silencioso, sentido y agradecido al gran Dios que no los abandonó.

El investigador de Jamung volvió el rostro, los miró y sonrió.

Debía ser un hombre de experiencia, dotado de un gran corazón y una gran inteligencia aquel hombre del traje estrafalario. Sacudió la cabeza, suspiró y volvió a ocuparse de su máquina.

Allí a sus pies estaba Nueva York. Un Nueva York enteramente nuevo, limpio y rutilante surgiendo como el Ave Fénix de sus propias cenizas para emprender una nueva Era…

F I N